

PUNTO ROJO

**BRUJUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**FELICES
EN SU ATAUD**

Lou Carrigan



Lou Carrigan

FELICES EN SU ATAUD

BRUJUE
RA

LOU CARRIGAN
FELICES EN SU ATAUD

Colección PUNTO ROJO n.º
1.094 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO
ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 4.937-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1983

2.a edición en América: octubre. 1983

© Lou Carrigan - 1983

texto

© Bernal - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés IN 152. Km 21.650) Barcelona 1983

ACCIDENTE EN CARRETERA

El conductor del camión era todo un veterano. Tenía cuarenta y cinco años, y llevaba casi veinticinco conduciendo camiones, primero como ayudante, y luego como jefe de vehículo. No le gustaba viajar solo, pero solía hacerlo en viajes cortos. Acostumbrado a los largos viajes por el continente, hacer un centenar de millas con una carga no peligrosa era como un paseo para él.

Pero nunca se descuidaba, siempre estaba atento a todo. Especialmente, a la hora del crepúsculo. Sí, al anochecer había que estar muy atento, porque las luces engañan, y algunos conductores de turismos se resisten a encender las de posición, como si fuesen a arruinarse por ello.

De todos modos, el conductor iba silbando alegremente. Total, llegar a Dover, dejar el camión, y regresar en tren a Londres. Menuda bicoca... Aunque un poco tarde, llegaría a casa a tiempo de cenar con su mujer, y luego, ¡hala!, pues ya se sabe, que para eso tiene una mujer. ¿O no?

En esto y en mil cosas más iba pensando a ráfagas el conductor del camión cuando, al tomar una leve curva, vio, abajo, un automóvil. Abajo. Es decir, fuera de la carretera, al pie del talud. En la siguiente curva lo perdió de vista por unos segundos, durante los cuales pensó que quizá aquel turismo había llegado allí circulando por el llano, no que había caído por el talud.

Pero cuando lo vio de nuevo comprendió que no podía ser así. Vio el diferente modo en que la última luz del día se reflejaba en el techo del automóvil, y supo que era debido a las abolladuras. ¡Qué demonios, aquel coche se había salido de la carretera, y se había pegado el gran tortazo, así de simple!

Había una pequeña recta, y luego otra curva, desde la cual podría ver mejor el automóvil accidentado, pero el camionero era demasiado consciente, demasiado veterano, de modo que detuvo el camión en la recta, saltó de la cabina, y corrió hacia la curva. Como había conducido poco no le pareció, como solía ocurrirle, que sus piernas eran de trapo.

Llegó en pocos segundos, y vio el automóvil un poco mejor. No demasiado bien, porque parecía que se estuviera haciendo de noche a toda prisa. Una de las portezuelas del coche estaba abierta, como a medio desguazar. Cuando esto ocurría, el conductor, o la persona que ocupase el asiento de la portezuela abierta, salía despedida del coche, sobre todo si éste había dado algunas vueltas de campana, pero ahora no había sido así, no se

veía persona alguna fuera del coche.

El conductor del camión pensó que tal vez el accidente ya era «viejo», que había ocurrido hacía horas, y que las personas que habían viajado en el automóvil ya estaban lejos de allí, que sólo quedaba el coche abollado. Pero, entonces, le pareció que algo se movía dentro del coche.

—Demonios —dijo.

Empezó a bajar, pero se detuvo en seco, vaciló, y regresó a la carretera, y, de nuevo corriendo, hacia el camión, del cual sacó el extintor de emergencia. Había visto demasiados accidentes como para no prevenir aquel peligro, y sabía que valía más perder unos segundos que encontrarse inerte junto al vehículo siniestrado cuando de pronto se incendiaba.

Bromitas a él, no.

Cargado con el extintor, regresó a la misma curva de antes, y de nuevo inició el descenso. Justo entonces, procedente de Dover, llegó otro automóvil, que se detuvo, y cuatro hombres salieron rápidamente.

—¡Eh, oiga! —gritó uno de ellos—. ¿Qué pasa?

—¡Ha habido un accidente! —gritó el conductor del camión—, ¡Vengan a ayudarme!

Continuó el descenso. Por detrás de él, los cuatro hombres comenzaron a seguirle. El coche debía haber salido poco menos que volando de la carretera, y había ido a parar bastante lejos, desde luego dando tumbos. Las personas que hubiera dentro desde luego que debían estar malheridos, aunque alguna todavía pudiera moverse...

La enorme llamarada surgió de pronto, brotó inesperadamente y con gran aparato de humo en el vehículo siniestrado. El conductor del camión se detuvo, pasmado. Nunca había visto arder de ese modo un coche. Luego, sucedió otra cosa curiosa: hubo una sorda explosión, y aparecieron más llamas y más humo. Esto sí que era chocante: primero las llamas, luego la explosión del depósito, y luego más llamas. Además, ¿qué clase de depósito llevaba aquel automóvil para contener tanto combustible? ¿De avión?

Por un momento, al conductor del camión le pareció que veía una sombra alejándose del vehículo incendiado, pero luego, cuando hubiera sofocado las llamas con el extintor, comprendería que no, que había sido una jugada de las sombras, las luces, y las llamas.

Y además, cuando el fuego estuvo sofocado, los cinco hombres pudieron ver perfectamente los ennegrecidos cuerpos de dos hombres dentro del vehículo.

Ni pensar en que hubiera habido dentro alguna persona más y que se hubiera marchado dejando allá dentro a sus amigos.

Vamos, ni hablar.

CAPITULO PRIMERO

Las azafatas están acostumbradas a casi todo, y, en cuanto adquieren un poco de veteranía, saben cómo manejar la situación, por insólita que ésta parezca en principio.

A lo que no están muy acostumbradas es a que los hombres las traten con seriedad absoluta. Siempre les dicen una u otra tontería, incluso los más educados y corteses, y aunque no tengan la menor intención de «probar» a ver qué pasa.

Por eso, el pasajero llamado Ulysses W. Campbell les parecía algo así como un bicho raro. No por su aspecto, que éste era inmejorable: alto, atlético, guapo, rubio y de ojos oscuros, correctísimamente vestido. Debía tener alrededor de treinta años, pero, ¡quién sabe!, a lo peor era ya un anciano camuflado al que no le interesaban las chicas guapas.

En suma, que el señor Ulysses W. Campbell era la comidilla de las azafatas que hacían el vuelo New York-Londres. ¿Cómo demonios se podía ser tan serio? Ni una broma, ni una sonrisa, ni una mirada maliciosa... ¡Es que nada de nada, vamos!

—A lo mejor —dijo una de ellas, en la zona de servicios— se ha fijado en alguna de las pasajeras, y quiere dárselas de formal para ligar con ella cuando lleguemos a Londres.

Pues no. Tampoco, porque al llegar al aeropuerto de Heathrow, el señor Campbell no hizo el menor intento en ese sentido. Eso sí, agradeció a la jefa de vuelo los servicios prestados, se desprendió entonces de una sonrisa de lo más cortés, desembarcó, y adiós; siempre solo.

Sin embargo, al señor Campbell le estaban esperando, y, poco después, con antelación a los demás pasajeros gracias a la exhibición de su pasaporte diplomático, se reunía en el vestíbulo con un hombre alto, de unos cincuenta años, y tan serio como él, que le tendió la mano.

—¿Campbell?

—Así es.

—Soy Stanton. Tengo un coche esperando afuera.

—Espléndido.

No hablaron más. Llegaron al coche, Stanton abrió el maletero, Campbell metió dentro la maleta, y luego ambos ocuparon los asientos delanteros del coche. Stanton lo sacó del estacionamiento.

—¿Ha sido bueno el viaje? —se interesó cortésmente.

—Las azafatas iban un poco movidas —sonrió Ulysses—, pero todo ha estado bien. Un poco aburrido, pero ya estoy acostumbrado. ¿Cómo van las cosas?

—Estamos en lo del coche. Creemos que fue sabotado, pero todavía no podemos asegurarlo. ¿Se le ha informado de todo detalladamente en Washington?

—Más o menos. Pero me gustaría escuchar su versión, si no le molesta.

—En absoluto. Bueno, ya sabe que en el coche iban dos diplomáticos de los nuestros, de la Embajada de Londres: Arnold Griffin y Wilbur Kechtman. Este era soltero. Griffin estaba casado, aunque hacía mucho tiempo que no vivía con su mujer. Años.

—Mala cosa para un diplomático, ¿no?

—Bueno, son cosas que pasan. Quizá eso haya dificultado un poco la carrera de Griffin, pero últimamente las cosas le iban bien, había ascendido en el escalafón, tenía secretario... No le iba mal. Lo de su esposa era algo olvidado.

—Supongo que la tal esposa debe ser lo que la gente corriente y simpática llama un «callo».

—¿Quiere decir fea?

—Fea, bruja y quizá estúpida.

—No sé qué tal será el carácter de la señora Griffin, pero en lo de fea... Tengo unas fotos de ella. ¿Quiere verlas?

—Vaya una pregunta, colega —sonrió Ulysses.

Stanton también sonrió, sacó un sobre, y se lo entregó a Ulysses, que sacó las fotografías. Estaba anocheciendo, pero todavía había luz suficiente para poder verlas bien. Al ver la primera de las fotografías Ulysses alzó las cejas, y dijo:

—Caray.

—Eso mismo dije yo —sonrió Stanton—, ¿Ha visto la que está en traje de baño?

—Todavía no. Vale la pena recrearse en este primer plano facial. ¿Griffin era tonto?

—Desde luego que no. Mi opinión es que era demasiado mayor para la chica, y la cosa no podía funcionar bien. Creo que de hecho el matrimonio duró alrededor de un mes. Luego, la chica se fue a la Costa Azul, y siempre ha permanecido allí. Su nombre de soltera es Jennifer Porter.

—¿Ha sido avisada de lo ocurrido?

—Claro. A todos los efectos seguían casados, de modo que ella es su heredera legal.

Ulysses asintió, y fue mirando el resto de las fotografías. Para resumir, la rubia viuda de Arnold Griffin era un bombón de primera categoría. Ulysses metió de nuevo las fotos en el sobre, y devolvió éste, preguntando:

—¿Sabe ella que creemos que el accidente fue provocado?

—Es una mujer inteligente, e hizo muchas preguntas. Tuvieron

que decirle alguna cosilla, para convencerla de que debía acompañar los restos de su marido en el viaje por barco. Con toda lógica, ella quería viajar en avión aunque nosotros prefiriésemos enviar los dos ataúdes en barco, así que... hubo que darle algunas explicaciones de lo que esperamos de ella.

—Ya. Bueno, ¿en qué nos basamos para sospechar que el accidente fue provocado?

—El coche fue incendiado con gasolina antes de que estallase el depósito. Un camionero lo jura y rejure. Y aunque esto ya no lo jura, dice que creyó ver un hombre alejándose del automóvil. De no haber sido por ese camionero, que controló el fuego, habríamos encontrado los dos cadáveres convertidos en cenizas. Y no habría sido fácil identificarlos, porque les habían quitado todo cuanto llevaban encima que pudiera servir: anillos, relojes, billeteras... Todo.

—Es decir, que sí pudo haber alguien allí que se alejó cuando apareció el camionero.

—El camionero y cuatro personas más. Pensamos que si el camionero hubiera acudido solo lo habría pasado mal.

—Posiblemente. De todos modos no es tan fácil evitar la identificación de dos cadáveres. Sobre todo, contando con el coche. ¿Era de matrícula diplomática?

—Sí, en efecto.

—Entonces, ese intento de evitar la identificación de los cadáveres me parece ridículo, así que no comprendo por qué tenían que molestarse tanto. ¿Presentaban los cadáveres alguna herida de arma?

—No. De no haber sido por el aditamento de gasolina el accidente podría haber parecido auténtico. Pero, evidentemente, alguien seguía el coche en el que viajaban Kechtman y Griffin, y cuando se salió de la carretera fueron a buscar algo..., aparte de quemarlo. Eso creemos, al menos.

—¿Tal vez conseguir pasaportes o alguna otra clase de documentación? ¿Llevaban encima los pasaportes... o algún documento especial?

—No, nada. Según todos los informes iban a pasar el fin de semana en una agradable posada, cerca de Dover. Nada de mujeres.

—Oh. ¿Podemos pensar en homosexualidad?

—No. Eso está descartado.

—Lo digo porque si una chica como la viuda Griffin, que parece un encanto, decidió separarse del marido, quizá tuvo... buenos motivos.

—No ése. Seguro.

—De acuerdo. ¿Cuál es el plan inicial de ustedes?

—Si se le ocurre algo mejor, dígalo, Campbell. A nosotros nos gustaría saber por qué querían convertir los cadáveres en cenizas, y hemos pensado que quizá insistan en ello si les damos facilidades. Por eso, en lugar de enviar los cadáveres por avión a Estados Unidos los enviamos por barco. Y creemos que no sorprenderá a nadie que la viuda de uno de los fallecidos acompañe los restos de su esposo, aunque sólo sea por interés. Testamento, y cosas así.

—¿Quiere decir que la viuda Griffin es interesada?

—En absoluto. Para ella, Griffin ya no existía. Simplemente, ha aceptado colaborar con el cuerpo diplomático americano, aunque ella es inglesa.

—Me va gustando la señora Griffin..., es el sentido honesto de la expresión. Bueno, y en el otro —sonrió Ulysses—. Otra cosa: ¿se les ha practicado la autopsia a Griffin y Kechtman?

—No. Los hemos convertido en intocables, hemos arreglado las cosas de modo que todo el mundo sepa que la autopsia les será efectuada en Estados Unidos.

—¿Y eso por qué?

—Porque no queremos tocar los cuerpos, ya que tememos que si lo hiciéramos las personas que incendiaron el coche perderían interés por acercarse a ellos.

—¿Y si no los tocamos quizá lo harán? ¿Por qué?

—Se nos ha ocurrido que Kechtman y Griffin pueden tener algo *dentro* del cuerpo, y por eso querían convertirlos en cenizas. Precisamente por eso hemos preferido que no los tocara ningún forense británico, pues no nos gustaría sorpresas que nos obligasen a dar explicaciones.

—A ver si lo entiendo: ¿está usted sugiriendo que esos dos diplomáticos podían estar involucrados en alguna faceta del espionaje?

—No serían los primeros. Y tal vez iban solos camino de Dover porque en la posada a la que se dirigían, o en cualquier otro lugar, tenían que encontrarse con alguien.

—Vaya por Dios... ¿De modo que creen que si les abrimos la barriga a esos dos cadáveres quizá encontremos uno de esos famosos microfilmes metido en una cápsula, o algo parecido?

—Aquí ha ocurrido algo raro, Campbell, y estamos haciendo lo que nos parece más conveniente. De todos modos, ya le digo que si nuestra idea no le gusta podemos variarla. A fin de cuentas, el experto es usted, y para eso lo han enviado los de Washington.

—No tiene por qué molestarse conmigo, Stanton —sonrió Ulysses—: yo *también* estoy haciendo mi trabajo.

—De acuerdo. Lo siento. Bueno, le voy a llevar a un chulé donde analizaremos completamente todos los detalles, y ya en conocimiento de éstos a fondo usted decidirá. Le insisto en que no tiene por qué seguir el curso de nuestras ideas y decisiones.

—Ya veremos. En principio sus planes no me parecen malos. Hablemos un poco más de la señora Griffin... Mejor dicho, hablemos del marido, del fallecido diplomático señor Arnold Griffin. ¿Era muy rico?

—No. Mucho, no. Bueno, parece que tenía algo de dinero, pero nada que pueda causar el pasmo a nadie.

—Es decir, que la viuda colabora con auténtico desinterés con nosotros.

—Eso parece.

—¿Sabe ella que yo voy a intervenir?

—Por el momento, no.

—¿Ella va a venir a Londres?

—Claro. Por si quiere ir a esperarla ella llegará a las...

—No, ni hablar. Que se encargue de eso el cuerpo diplomático americano. Yo haré las cosas a mi manera..., salvo que cambie de opinión esta noche, cosa que dudo, pues en líneas generales su idea me parece buena. Lo que no me gusta mucho es eso de andar trasteando cadáveres de un lado a otro. Yo creo que a los muertos se les debería dejar tranquilos en su ataúd. Tranquilos y felices.

—¿Felices? ¡Esta es buena! ¡Felices en su ataúd! ¡Pero, hombre...!

—¿De qué se sorprende? Este es un mundo cochino, y, en cualquier caso, lo indudablemente cierto es que Kechtman y Griffin han dejado de sufrir en él. Y dejar de sufrir podría implicar el logro de la felicidad. Así que... ¿por qué no suponer que las personas están felices en su ataúd? Si se las deja tranquilas, claro.

—Es usted un tanto peculiar, Campbell

—Sí, un poco... —admitió Ulysses—, pero eso nunca me ha dado malos resultados. Le diré la verdad: no me gusta este asunto, pero, realmente, estoy haciendo mi trabajo, así que apechugaré con él. Y de todos modos —Ulysses W. Campbell sonrió amablemente—, quizá sea interesante conocer a la señora viuda de Arnold Griffin.

CAPITULO II

La muy rubia y espléndida señora viuda de Arnold Griffin llegó al día siguiente al aeropuerto de Heathrow, sola, pero provista de un equipaje digno de una *vedette* en gira internacional.

Por suerte para ella en el aeropuerto había tres hombres esperándola, uno de los cuales se le acercó cuando se identificó en el servicio aduanal. Jennifer Griffin lo vio cuando terminaba de guardar su pasaporte en el bolso y miraba a su alrededor como preguntándose qué iba a hacer ahora. El hombre le hizo una seña, y ella alzó las cejas con un gesto de leve impertinencia arrogante.

—¿Señora Griffin? —le sonrió el desconocido.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Denis Grover, secretario de su marido en la Embajada. Reciba mi más sentido y sincero pésame, señora Griffin.

—Gracias —parpadeó Jennifer—. No sabía que Arnold tuviera secretario... Siempre fue un Don Nadie.

Grover también parpadeó, pero retuvo su expresión cortés.

—Bueno, en los últimos meses el señor Griffin había progresado un poco en el escalafón de la Embajada. Todos hemos sentido mucho su pérdida. Era una excelente persona y un gran diplomático.

—¿Está hablando en serio? —sonrió Jennifer.

—Por supuesto, señora —masculló Denis Grover.

—Pues me sorprende. Pero, en fin, supongo que todos estamos siempre a tiempo de progresar y prosperar. ¿Ha sido usted designado para recibirme, señor Grover?

—Así es. Si me lo permite le presentaré a dos compañeros que se harán cargo de su equipaje y, salvo las cosas que usted pueda precisar para un día, lo llevarán directamente al barco. Zarpa mañana.

—Eso sí que está bien. Son ustedes muy atentos, señor Grover.

—Creemos que la viuda de Arnold lo merece, señora —farfulló el secretario—. Por favor, ¿me entrega sus resguardos?

Jennifer abrió de nuevo el bolso, entregó los resguardos, y, con ellos en la mano, Grover se dirigió hacia los dos hombres que esperaban. Los presentó a la rubia, les dio instrucciones respecto al equipaje, y ambos se dispusieron a recogerlo en la cinta transportadora. Mientras se alejaban, Grover preguntó:

—¿Desea tomar algo en el bar; quizá un café? ¿O prefiere que esperemos en el coche?

—Creo que será mejor que esperemos en el coche. No me gustan los periodistas... Por cierto, no veo ninguno por aquí.

—Nos las hemos arreglado para que su llegada pase

desapercibida.

—Se lo agradezco. No tengo el menor deseo de aparecer en los periódicos. Señor Grover: ¿qué sucedió en realidad? Cuando me llamaron por teléfono a Cannes desde la Embajada fueron un tanto ambiguos en la explicación del accidente.

—Preferiría hablar en el coche, si no le importa, señora.

—No, no me importa.

Salieron del edificio, y poco después ambos se hallaban sentados en el interior del automóvil, explicando Grover:

—Como ve, incluso pensé en utilizar un automóvil corriente, sin matrícula diplomática.

—Ya veo que está usted en todo —le sonrió afablemente Jennifer—, Bien, ¿qué ocurrió realmente?

—Bueno, la realidad es muy simple: su marido, que viajaba con otro diplomático, llamado Wilbur Kechtman, tuvo un accidente de automóvil, y ambos perecieron. Posiblemente, esto no habría tenido tan fatal desenlace si el coche no se hubiera incendiado.

—Eso ya lo sabía. Lo que pregunto es a qué viene tanto misterio.

Denis Grover titubeó antes de decir:

—Están revisando los restos del coche. Parece que existe la posibilidad de un atentado, de que el coche fuese «preparado» para el accidente, pero todavía no estamos seguros de eso.

—A mí no me sorprendería.

—¿Por qué? —la miró vivamente Grover.

—Dígame, señor Grover: ¿cuánto tiempo hace que era usted secretario de mi marido?

—Unos seis meses... Desde su ascenso.

—Ya. ¿Y en seis meses no supo usted conocerlo un poco bien... a fondo? Me refiero en lo personal, no en lo profesional.

—Bueno, puedo decirle que nos llevábamos bastante bien, y que el señor Griffin me parecía un caballero. Pero, cierta mente, no lo traté demasiado en relación personal.

—Entonces se explica que diga usted de él que era un «caballero». No lo era en absoluto, señor Grover. Y no se sorprenda: Arnold sabía ser encantador cuando le convenía..., y supongo que a eso debió conseguir finalmente el ascenso en el escalafón. Y también fue debido a eso que consiguió que me casara con él, de lo cual me arrepentí bien pronto.

—Bu-bueno, señora Griffin, yo... no sé qué decir. Realmente...

—Siento haberle turbado —le sonrió Jennifer—, pero tenía que decirle todo esto para que usted no insista en presentarme a mi marido como un dechado de virtudes. No lo soportaría. Viví con él tres meses, y fue más que suficiente... En realidad, nuestro

matrimonio sólo fue efectivo durante un mes; los otros dos fueron algo así como... el inútil sostenimiento de una esperanza por mi parte de que él podía mejorar. Y cuando comprendí que era imposible, me fui a Francia. ¿Está esto claro, señor Grover?

—Sí... Sí, sí. Le aseguro que mis intenciones...

—Sus intenciones han sido debidamente interpretadas por mí, y se las agradezco, pero ahora ya sabemos los dos a qué atenernos, y podremos conversar con propiedad y con sinceridad. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, naturalmente.

—Todos cometemos errores —suspiró la rubia—, y el mío fue casarme con Arnold. Pero, en fin, eso ya es cosa pasada. No es que me alegre de su muerte, entiéndalo.

—¡No he supuesto semejante cosa, señora!

Jennifer se quedó mirando con simpático gesto escrutador al joven Denis Grover. No debía tener ni treinta años, era alto, muy bien parecido, y vestía muy correctamente. Un muchacho muy agradable, y, al parecer, inteligente.

—Ahora ya en serio, Denis —dijo dulcemente—: ¿es verdad que Arnold y el otro diplomático iban solos en el coche?

—Absolutamente cierto.

—¿Y adónde iban?

—A pasar el fin de semana en una posada, cerca de Dover.

—¿Dos hombres solos? Oh, no quiero ni pensar que... ¡Esto ya sería demasiado!

—¿A qué se refiere?

—Se me ha ocurrido que, como una más de sus manifestaciones desagradables, mi marido podía haberse sentido inclinado hacia la homosexualidad. ¿Es eso posible?

—Pu-pues... francamente, yo diría que no, señora Griffin.

—Entonces es bien extraño que dos hombres fuesen a pasar solos y juntos el fin de semana, ¿no le parece? ¿Adónde iban exactamente y qué hay en ese lugar?

—La posada se llama Black Rock, y está junto a una carretera secundaria cerca de una localidad llamada Barham, como le he dicho, cerca de Dover. ¿Qué hay allí? Bueno, un ambiente tranquilo, muy buenas comidas, y creo que eso es todo.

—Francamente, no me parece uno de los lugares ideales para atraer a un hombre como mi marido. ¿Cómo supieron que se dirigía hacia allí?

—Porque me lo había dicho a mí, señora Griffin.

—¡Oh! Bien, claro... Supongo que lo hizo por si ocurría alguna emergencia y usted tuviera necesidad de consultarle algo.

—Naturalmente. Solía hacerlo.

—Ya. Bueno, ¿y por qué no? —sonrió de pronto Jennifer—. A todos nos gusta de cuando en cuando relajarnos un poco. Y no hay mejor modo de hacerlo que buscar un sitio tranquilo y un buen amigo con el que conversar de cosas diferentes a las habituales. Aunque considerando que el señor Kechtman también era diplomático...

—Señora Griffin: no entiendo adónde quiere usted ir a parar.

—Pues se lo voy a decir: me sorprende que Arnold decidiera pasarlo bien de un modo tan discreto, apacible y honesto.

—¡Señora, su marido era un diplomático americano!

—Cierto —asintió plácidamente Jennifer—, pero también era un hombre. Y, Denis, como hombre yo lo conocía mucho mejor que usted, puede estar seguro de esto. Pero vamos a dejar ya el tema. ¿Van a llevarme a la Embajada?

—Nos ha parecido preferible instalarla en un hotel.

—Yo también lo prefiero, gracias. ¿Tengo que ir a ver el cadáver?

—Normalmente, debería hacerlo —murmuró Grover—, pero dadas las circunstancias, y considerando que su marido ha sido plenamente identificado, quizá sería conveniente que usted no fuese vista por allí.

—¿Conveniente? ¿Para quién?

—Para usted, señora —frunció el ceño Grover—, Si el accidente de su marido fue preparado, como creemos, podría ser que a usted también quisieran molestarla.

—¿Quiere decir matarme? —respingó Jennifer—, ¿A mí? ¡Cielos!, ¿por qué habrían de desear matarme *a mí*? ¡Hace siglos que no veo a Arnold, no sabía nada de nada de su vida...! ¡Es absurdo!

—Esperemos que todos lo consideren así.

—¡Con esto no contaba yo!

—Podríamos arreglar su viaje en avión.

—¿O sea, que yo llegaría a Estados Unidos una semana antes, y tendría que estar allí esperando...? No, gracias. Iré en ese barco. ¡Nadie puede tener motivos para molestarme a mí, Denis!

—Celebro oír eso... ¿Me perdona un momento?

Se apeó, y estuvo un par de minutos conversando con los dos hombres que se habían hecho cargo del equipaje de Jennifer. Luego, los dos hombres se alejaron, y Grover volvió al coche.

—Todo está arreglado. ¿La llevo al hotel?

—Estaba pensando en el traslado de los restos de mi marido... ¿Se va a realizar también más o menos en secreto?

—Eso no puede ser, señora.

—En ese caso, si alguien quiere localizarme a mí sólo tiene que

saber dónde está el ataúd, ¿no?

—Así es. Ya le he dicho que si lo desea podemos arreglar su viaje en avión. También podemos, y eso estamos haciendo, llevarla a usted a un hotel en el que nadie la localizará. Lo que no podemos hacer es... camuflar dos ataúdes con los restos de dos diplomáticos norteamericanos.

—Sí, claro... Pero, en fin, de todo esto se deduce que yo voy a viajar con dos muertos y al alcance de cualquiera.

—Los muertos irán en la zona de carga del barco, no con usted —masculló Denis Grover—, y a su llegada a Nueva York serán recogidos por personal adecuado, en principio. Luego, cada familia se hará cargo de su ataúd. En todo caso, lo máximo que llevará usted referido a los muertos serán las llaves de los ataúdes, pero también eso podemos arreglarlo de otro modo.

—Me parece que no le caigo simpática —le miró irónicamente Jennifer.

—Simplemente, había pensado que la conversación entre usted y yo sería muy diferente.

—Pues ya ve: ni lágrimas ni comedias, Denis. Dediqué un mes de mi vida a un hombre, por error, y eso es todo. Si de eso se deriva ahora algo bueno para mí, me lo merezco, así que voy a por ello. Esto no es crueldad, ni cinismo, ni nada parecido. Es simple realismo.

—Oh, así lo he interpretado, desde luego. ¿La llevo al hotel?

—Se lo agradeceré.

El coche partió.

Y a los pocos segundos, otro coche partió en su pos, abandonando el estacionamiento. Al volante iba un sujeto alto, de anchos hombros, grandes manos nervudas y bronceadas que sujetaban con firmeza el volante. Parecía tener unos sesenta años, sus cabellos eran grises, así como su bigote y su bien recortada barba. Sí, aparecía tener unos sesenta años, pero se podía dudar de eso viendo sus oscuros ojos rebosantes de tranquila energía. Y aún más: si alguien hubiera registrado a éste hombre habría encontrado un pasaporte norteamericano a nombre de Ulysses W. Campbell y en el cual había la fotografía de un hombre mucho más joven, de cabellos cobrizos y facciones enérgicas de gran atractivo viril.

En el asiento contiguo al suyo este hombre llevaba lo que parecía un paraguas plegable dentro de su estuche, pero, como él mismo, era un paraguas de pega; en un extremo de la funda se veían unos diminutos orificios, y, en el otro extremo, un hilo eléctrico que se conectaba a un pequeño magnetófono. El conjunto era muy simple: un micrófono de gran alcance para

gravar conversaciones a distancia. Pero seguramente el barbudo sujeto no habría tenido éxito en su intento si no hubiera tenido la suerte de que la señora Griffin hubiera bajado la ventanilla de su lado unos cuantos centímetros, afortunada casualidad que había sido bien aprovechada.

Para cerciorarse de ello, el sujeto barbudo apretó la tecla que recogía la cinta, y luego puso en marcha el pequeño aparato. Tras un par de segundos de siseo de la cinta, sonó la voz masculina:

«—Como ve, incluso pensé en utilizar un automóvil corriente, sin matrícula diplomática.»

«—Ya veo que está usted en todo. Bien, ¿qué ocurrió realmente?»

«—Bueno, la realidad es muy simple: su marido, que viajaba con otro diplomático...»

* * *

—Creí que el embajador estaría esperándome en el hotel —dijo Jennifer Griffin.

Denis Grover movió la cabeza.

—Señora, estamos siguiendo procedimientos no habituales. El señor embajador es persona demasiado conocida, y des pues de lo ocurrido sin duda le estarán acosando. De haber venido aquí habría delatado su presencia.

—Claro.

—De todos modos, él estará mañana en el muelle para atender cualquier formalidad, y aprovechará la ocasión para presentarle sus condolencias.

—Sí, sí, entiendo.

—Con su permiso, voy a entregarle la maleta al botones.

—¿No teme que le reconozcan a usted?

—¿A mi? —Grover sonrió simpáticamente—. ¡Ojalá! Pero en mi caso si que puede decirse que soy un Don Nadie.

—Pero es simpático, y perfectamente adecuado para mi edad, no como Arnold. ¿O quizá no le gustan a usted las viudas, Denis?

—Usted si que es simpática... cuando quiere —rió Grover—. Disculpeme.

Salió del coche, abrió el portaequipajes, y el botones que había acudido junto al coche se hizo cargo de la maleta. Grover fue a abrir la portezuela de Jennifer, que salió sonriente, mirándole con malicia.

—No me ha dicho si le gustan o no las viudas —casi rió.

—Señora: en el caso de usted concretamente importa bien poco que sea viuda, soltera, casada, divorciada o cualquier otra cosa. Pero sin duda eso ya lo sabe usted: no creo que se haya estado

aburriendo por falta de amigos en la Costa Azul... Amigos en el exacto sentido de la palabra, naturalmente —se apresuró a añadir Grover.

—Es usted todo un diplomático —rió ya definitivamente Jennifer—. Pero sea sincero por una vez: ¿qué opinaba de mi marido? ¿Realmente le parecía una persona... agradable?

Denis Grover carraspeó antes de farfullar:

—Bueno, realmente... *no siempre* era agradable. Oh, he estado a punto de olvidarme de facilitarle mi teléfono —Grover sacó una tarjeta que tendió a la viuda—. Es el particular, pero puede llamarme aquí para cualquier cosa que necesite. De ese modo no tiene que llamar a la Embajada.

—Muy amable. ¿Volveremos a vernos, Denis?

—No creo, porque tengo que ir mañana al muelle. Pero nunca se sabe, ¿verdad? ¡La vida da tantas vueltas!

—Eso es cierto —tendió la mano Jennifer—, Adiós, Denis. ¿Puedo informar al señor embajador de que ha sido usted muy amable, atento y prudente?

—Caramba, ya lo creo que sí. ¡Quizá eso le haga fijarse en mí!

—Entonces, se lo diré.

Jennifer entró en el hotel, y Denis Grover se alejó en su coche. Tal vez el embajador norteamericano no se fijara en él, pero sí se estaba fijando el barbudo personaje del aeropuerto, quien, tras mirar hacia el hotel y titubear, partió en su seguimiento.

* * *

Casi veintisiete horas más tarde la señora Griffin, de soltera Porter, entraba en su camarote de lujo en el trasatlántico *Viking*, que había zarpado minutos antes en ruta hacia Nueva York. En la zona de carga del barco iban los dos severos ataúdes forrados interiormente de plancha de zinc. El embajador norteamericano, que efectivamente había acudido a expresarle sus condolencias y despedirla, le había entregado las llaves de los féretros, y, ahora, Jennifer Griffin parecía no saber qué hacer con ellas.

De pie en el centro del camarote estuvo mirando a todos lados, y, finalmente, se sentó en una de las dos butaquitas. Durante casi diez minutos, estuvo reflexionando. Luego, dejando provisionalmente las llaves sobre la mesita baja con un gracioso florero, se dispuso a deshacer el equipaje. Seis días de navegación eran demasiados para dejar las maletas tal como estaban. De cuando en cuando, al ir a colgar una de las prendas se quedaba mirándola sonriente, terminaba por colgarla tras mover la cabeza, y examinaba otra prenda.

Respecto a éstas, sólo se podía llegar a una conclusión: no eran

las más adecuadas para una reciente viuda, aunque fuese joven y bonita. De todos modos, así era Jennifer, y así tendrían que aceptarla. Por otro lado, pedirle a una mujer que sólo había vivido un mes con un hombre, y por error, que lo llorase, sería llevar el protocolo y las formalidades demasiado lejos.

¿Cómo era posible, se preguntó la preciosa rubia, que la gente fuese tan atolondrada incluso para algo tan serio como debía ser el matrimonio?

«—Yo incluida, claro está —se dijo Jennifer—. En fin... Una cosa es segura: no ha nacido el hombre que vuelva a hacerme caer en esa trampa.»

CAPÍTULO III

—¡Hola! ¿Qué tal?

La voz masculina sonó delante mismo de la señora Griffin, tan cerca que no se podía dudar que el saludo iba dirigido a ella. Así que alzó la mirada de la revista que estaba leyendo y miró a través de los oscuros cristales de sus gafas al hombre que tenía ante ella.

Lo miró bien. Debía medir metro ochenta y cinco, era atlético, de cuerpo fino y fibroso, y vestía como un *playboy* de película en technicolor. Rubio, de ojos oscuros, barbilla granítica, boca grande de labios delgados... Era muy atractivo, muy viril..., pero parecía un cromó. Claro que, sin duda, él estaba convencido de que era una maravilla. ¿Cómo demonios se le había ocurrido vestirse de modo tan... intrascendente?

Sí, lo miró bien. Luego, Jennifer Griffin bajó la mirada y continuó leyendo la revista, plácidamente sentada en una extensible bajo los agradables rayos solares del tibio otoño.

El sujeto se retiró unos pasos, regresó ante ella, y dijo:

—¿Cómo le va, nena?

Esta vez, Jennifer ni siquiera alzó la mirada. Nada, como si el sujeto no existiera. El frunció el ceño, volvió a retirarse unos pasos, y regresó a la carga.

—Buenos días, señorita. ¡Qué tiempo tan espléndido!, ¿verdad?

Jennifer volvió a mirarlo, y, por un instante, pareció que fuese a soltar una carcajada. En lugar de eso, se quedó contemplándolo con el ceño fruncido, y dijo:

—¿Se las da de guapo?

—¿No lo soy? —se sorprendió el sujeto.

—No lo suficiente para mi gusto.

—¿Cuál es su gusto?

—Me gustan bajitos.

—No se vaya: voy a recortarme las piernas y vuelvo.

—Será mejor que empiece a cortar por arriba: estoy segura de que tiene las piernas mejor que la cabeza.

Cerca de ambos sonó una risita, y los dos volvieron la cabeza. Una dama de unos cuarenta años, rechoncha, de blanquísimas carnes que en el rostro mostraban un sano tono coloradote, se llevaba en aquel momento una mano a la boca, como queriendo retener la risa, cosa que ya no era posible. Su indumentaria y aspecto general eran de persona de cierta calidad, pero quizá llevaba demasiadas sortijas, que resplandecieron al sol matinal.

Al verse mirada, la dama se turbó visiblemente y se apresuró a desviar su mirada. El sujeto rubio, alto y guapo, que había

fruncido el ceño, miró de nuevo a Jennifer, y dijo:

—¿Qué haría yo sin cabeza?

—Lo mismo que con cabeza: el tonto.

Fue imposible que la dama gordita reprimiera la siguiente carcajada, pero sofocándose tanto esta vez, que su rostro adquirió una decidida e intensa coloración rojiza. El sujeto rubio, alto y guapo la volvió a mirar, frunció de nuevo el ceño, miró otra vez a Jennifer, y dijo:

—Soy el revisor del barco. ¿Me permite ver su pasaje?

La dama gordita se puso apresuradamente en pie, y se alejó a toda prisa, con las dos manos en la boca. Jennifer la miró, movió la cabeza, y dedicó de nuevo su atención a la lectura. El sujeto alto, rubio y guapo también frunció una vez más el ceño, se alejó unos pasos, y regresó.

—Buenos días, señorita —saludó cortésmente—. Permítame presentarme: soy Ulysses W. Campbell, banquero. ¿Le importa que ocupe la extensible contigua a la suya?

Jennifer suspiró y le miró una vez más.

—No me importa en absoluto, señor Chalmer.

—Campbell —alzó un dedo el guapo rubio—. Campbell, no Chalmer: no se parecen nada, ¿sabe? Espero que no sea usted ligeramente sorda.

—En estos momentos lo preferiría. Hágame un favor, señor Campbell: siéntese y déjeme en paz. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Es usted muy amable.

—Entonces, ámeme.

Jennifer, que de nuevo miraba la revista, alzó vivamente la cabeza.

—¿Qué? —exclamó.

—Que me ame.

—Escuche, señor Campbell...

—Usted ha sido la que ha dicho que soy amable, ¿no? —refunfuñó el señor Campbell, sentándose—. De modo que seamos consecuentes. Por ejemplo, cuando decimos que una cosa es comestible, ¿qué hacemos? La comemos, ¿verdad? Y si decimos que algo es admirable, lo admiramos, ¿no es cierto? Pues si decimos que algo es amable, amémoslo. Las palabras tienen un significado, y hay que respetarlo. Si decimos que una persona es amable es que es digna de ser amada, ¿conforme? De modo que si usted dice que soy amable lo que ha de hacer a continuación para ser consecuente y además respetuosa con el idioma es amarme. Creo que está bien claro.

Jennifer, que le contemplaba estupefacta, reaccionó por fin, y

preguntó:

—¿Qué ha dicho que es usted?

—Banquero.

—Ah... ¿De veras?

—Confíeme sus ahorros y se lo demostraré.

—¿Escapando con ellos?

—Multiplicándoselos. ¿No le gustaría ser rica?

—Ya soy rica, señor Campbell.

—Estupendo. No me gustaría que me amasen por mi dinero.

Jennifer Griffin soltó una carcajada, de la que pareció arrepentirse inmediatamente. Pareció a punto de cortar la conversación, pero dijo:

—Es usted lo bastante interesante como para ser amado por sí mismo, señor Campbell, pero no por mí, de modo que...

—Ya le he dicho que puedo recortarme las piernas.

—Es que además de bajitos me gustan morenos y de ojos azules.

—Puedo teñirme el pelo y ponerme lentillas de color azul.

—Está bien —aceptó Jennifer—. Vaya a hacer todo eso y vuelva. Con seguridad me enamoraré de usted entonces.

—¿Y no podría hacerlo ahora?

—Ya le he dicho cuáles son mis gustos.

—Pero es de sabios cambiar de gustos y de opinión, señorita..., señorita...

—Señora.

—Maldita sea mi estampa... ¡No doy una!

—¿Sabe con quién me parece que tendría usted éxito, señor Campbell? Con la dama ligeramente obesa que teníamos al lado hace un momento. Estoy segura de que le ha caído usted bien.

—Pero ella es gorda, y a mí me gustan las mujeres como usted.

—Si pudiera le diría eso a mi marido.

—¿Y no puede?

—No, no puedo.

—¿Viaja sola?

—No, no, él me acompaña.

—¿Va armado?

—Le aseguro que es completamente inofensivo.

—Entonces, sigamos. ¡Oiga...! ¡No me diga que su marido sí es pequeñajo y paticorto!

—No, eso no. Metro ochenta, más o menos.

—Yo soy más alto. Y más fuerte. ¿O no?

—Muchísimo más fuerte.

—Satisfactoria respuesta. ¿De verdad no le gustan los rubios?

—De verdad.

—Pues usted es rubia.

- Precisamente: me gustan los contrastes.
- ¡Qué barbaridad! ¡No me diga que usted es de esas personas que cuando están resfriadas toman una ducha fría!
- ¿Eso es una barbaridad?
- ¡Imagínese! Supongamos que al encender un cigarrillo se quema usted la nariz... ¿Se pondría usted una esterilla caliente para curarse la quemadura?
- ¡Claro que no!
- Entonces, ¿por qué si se resfría se pondría bajo el agua fría?
- ¿Sabe que eso es para meditarlo, señor Campbell?
- ¿Ve cómo no soy tonto, señora..., señor...?
- Griffin —suspiró la espléndida rubia—. Jennifer Griffin.
- ¿Qué tal, Jenny? Puedes llamarme Uly, como mis amigos.
- Usted corre demasiado, señor Campbell.
- Es que soy un atleta. ¿No se había dado cuenta?

Unas cuantas extensibles más allá, cerca del mostrador de la zona de recreo en la que se hallaban, un hombre que parecía dormitar al sol no pudo evitar un seco gesto como de fastidio, abrió los ojos, y se puso en pie. Su estatura no tenía nada que envidiar a la de Ulysses W. Campbell, y además era más recio, indudablemente más fuerte, más sólido, y menos fantasmón. Su rostro era un exponente de la seriedad hermética, lo que quizá le restaba un poco de atractivo. Sus claros ojos, bajo unas pobladas cejas, dirigieron una mirada de soslayo hacia Jennifer y Ulysses, y se alejó, ya sin mirarlos.

Un par de minutos más tarde, en el pasillo de tiendas del barco, se detenía ante un escaparate *boutique* que la dama gorda y coloradota estaba contemplando como absorta. Ella ni le miró, pero preguntó:

- ¿Has oído algo?
- ¿Que si he oído algo? Ese tipo habla como si su interlocutor estuviera en Nueva York.
- Es simpático.
- Es un idiota bocazas. Jamás he escuchado una conversación más imbécil que ésta.
- ¿Así de simple? —murmuró la rechoncha.
- Puede que no. ¿Vas a encargarte tú de él?
- Veré si puedo hacer contacto. Y si lo consigo seguro que lo pasaré divertido.
- Es un bobo charlatán..., pero ten cuidado. Quizá no sea lo que parece.
- Voy a comprarme esa combinación —señaló la gorda.
- ¿Crees que habrá de tu talla? —gruñó el sujeto.
- Sin esperar respuesta, se alejó. Cinco minutos después llamaba

a un camarote de primera clase, cuya puerta se abrió a los pocos segundos. El sujeto entró, y fue a sentarse en el borde de la litera, donde ya había otro hombre. El que había abierto la puerta, de pie, lo miró inquisitivamente.

—¿Alguna novedad, Delmer?

—Es muy pronto para eso, pero un tipo cretino ha hecho contacto con la viuda. He encargado a Celia que se ocupe de él en cuanto pueda.

—Seguro que Celia sabrá sonsacarlo. ¿Qué hacemos nosotros? ¿Vamos a por esos ataúdes?

—Claro que no —gruñó Delmer Charlton—. Yo os diré cuándo. No quiero problemas.

—Pues si dejamos que lleguen enteros a Estados Unidos y les hacen la autopsia los vamos a tener. Y muchos, si lo que tememos se cumple. Porque en una autopsia miran dentro del estómago, ¿no es así?

—Sí. Pero de momento no vamos a hacer nada, quiero estar bien seguro de que no hay gato encerrado..., y debe haberlo. Ni en sueños me creo que hayan enviado esos ataúdes sólo con la viuda, así que mucho cuidado.

—Nosotros podríamos merodear por la zona de carga, a ver si nos olemos algo.

—Vosotros esperaréis mis órdenes, Paul y Troy... ¿Entendido? Ya sé que no podemos dejar que esos cadáveres lleguen enteros a Estados Unidos, pero lo que sea que tengamos que hacer esperamos a estar cerca de Nueva York. Mientras tanto, mucho cuidado con lo que hacéis. ¡Maldita sea, no quiero complicarme la vida en esta ratonera!

—Es un barco muy grande —sonrió Paul.

—Por grande que sea se convertirá en una ratonera para nosotros si damos un paso en falso. De modo que mucho cuidado con lo que hacéis y estad preparados en todo momento. ¿Entendido?

Paul y Troy asintieron, y Delmer Charlton se despidió de ellos. Durante más de media hora estuvo paseando por el barco, hasta llegar, finalmente, a la cubierta de camarotes de clase turista. Como quien sigue paseando llegó ante la puerta del 166, miró como aburrido a derecha e izquierda del pasillo, y llamó, utilizando obviamente una señal convenida.

La puerta del camarote se abrió a los pocos segundos. Era un camarote interior, sin portilla al casco, de modo que debía utilizarse siempre en él la luz eléctrica, pero ésta se hallaba apagada. En cuanto a la persona que abrió, no pudo ser vista a la luz del pasillo, porque permaneció detrás de la puerta.

Delmer entró, la puerta se cerró, y el camarote quedó completamente a oscuras.

Uno voz masculina susurró:

—Espero que tengas muy buenos motivos para haber venido, Charlton.

—Sí, señor —murmuró éste—. Es referente a la viuda: ha hecho contacto con un sujeto que parece un actor de cine haciéndose autopublicidad, un perfecto cretino, aparentemente.

—No hay ningún cretino en este asunto.

—Sí, ya se me ha ocurrido, a pesar de que el sujeto parece un completo idiota. También he pensado que si se trata de alguien que está acompañando a la viuda en el viaje no tenía por qué hacer contacto y hacerse ver. De modo que no sé qué hacer.

Durante unos segundos no se oyó nada..., salvo un par de extraños y peculiares ronquidos brevísimos, como si la respiración del hombre del camarote 166 se truncase bruscamente. Delmer ya conocía esta dificultad respiratoria del hombre, por lo que para sí lo llamaba *Snoring* (1), aunque bien sabía que en aquel viaje el nombre del sujeto era John Wellington..., nombre que, por supuesto, tampoco era el suyo verdadero.

(1) «*Snoring*» significa *Ronquido*, en inglés.

Por fin, se oyó la voz susurrante de *Snoring*:

—Debemos admitir la posibilidad de que ese hombre sea lo que parece, porque no pueden ser tan tontos de destacar uno para que se relacione con la viuda tan abiertamente; pero también podría ser esto, en cuyo caso, sin la menos duda ese sujeto tiene que ser de cuidado, un tipo capaz de todo y a quien incluso no le importa convertirse en el centro de nuestra atención, con los riesgos que eso conlleva. Un cebo muy peligroso, ¿comprendes?

—Sí, señor —murmuró Delmer.

—Y no sólo un cebo, sino la cabeza visible de ellos, para que al fijarnos en él, no nos fijemos en nadie más. Pueden estar utilizando cualquier estratagema, de modo que mucho cuidado.

—¿Nos desentendemos de él?

—Eso tampoco. ¿Cómo se llama?

—Vocifera de tal modo que medio barco debe haberse enterado ya de su nombre: Ulysses W. Campbell. Dice que es banquero.

—¿Banquero? —se oyó con más fuerza el ronquido de *Snoring*.

—Eso ha dicho.

—Maldita sea... Vigíladlo bien, pero con suma discreción. A ver qué podéis averiguar.

—Tal vez Celia podría encargarse de ello. Ella sabe ser simpática, y a ese sujeto le gusta mucho la broma, según parece.

—De acuerdo. Pero dile a Celia que vaya con pies de plomo. A

nosotros no nos interesa ir sabiendo quién es quién en el careo, sino esos dos cadáveres, y todo debe estar supeditado a nuestro objetivo. Esto está claro, ¿no es así, Delmer?

—Sí, señor.

—Pues eso es todo. Ahora márchate, y no vuelvas por aquí, ni me llames al camarote salvo una auténtica emergencia. Salvo esto, seré yo quien te vaya llamando. Eso es todo.

Delmer Charlton asintió, dio la vuelta, tocó la puerta, y tanteó hasta dar con el pomo. Abrió y salió. Dentro del camarote, «Snoring» permaneció inmóvil durante más de un minuto antes de alzar una mano y tocar con un dedo la pequeña cicatriz, de apenas una pulgada, que tenía en la comisura derecha de la boca. Movi6 la cabeza.

«—Espero que no sea un desastre utilizar gente tan torpe como Delmer y los otros —se dijo—, Pero no tengo más remedio. Un banquero... ¡Dudo mucho que sea una casualidad!

CAPITULO IV

—¡Caramba, qué casualidad! —exclamó Ulysses W. Campbell—. ¡Yo también he decidido dedicar el resto de la mañana a hacer algunas compras! ¿Qué ha comprado usted?

Celia Marshal miraba sonriente al apuesto personaje, con el que casi había tropezado al salir de la *boutique* cargada con una caja primorosamente envuelta.

—Para ser usted un desconocido es muy curioso, joven —replicó amablemente, sin perder la sonrisa.

—¿Quién es un desconocido? —se sorprendió Ulysses—. ¿Yo?

—Evidentemente.

—Le aseguro que no soy un desconocido. Me conozco perfectamente: soy Ulysses W. Campbell.

—Tal vez usted se conozca —rió Celia—, pero yo no le conozco.

—Pero si acabo de decírselo: Ulysses W. Campbell. Además, no somos desconocidos.

—¿No? ¿De qué nos conocemos?

—Oiga, una mujer que ha reído escuchando a un hombre no puede decirle luego que no le conoce, ¿sabe? ¿O no es usted la misma simpática, deliciosa, encantadora gordita que antes rió junto a la piscina cuando yo intentaba ligarme a la rubia del mal carácter?

—¡Soy la misma! —volvió a reír Celia—. ¡Y gracias por llamarme simpática y encantadora!

—También la he llamado gordita.

—Oh, eso lo ve todo el mundo, pero no creo que todo el mundo tenga tan amable opinión de mí. Al menos, sin haberme tratado.

—Solucionemos eso. ¿Nos tratamos?

—Señor Campbell —entornó maliciosamente los párpados Celia—, ¿qué es lo que quiere usted?

—Hacer amigos en este viaje. Sea usted comprensiva... Cuando vi a la rubia me entró por los ojos. Es natural, ¿no? Así que fui directo a por ella. Pero bien pensado, la prefiero a usted.

—No hay ni punto de comparación entre aquella joven y yo.

—Físicamente, tal vez no. Pero usted sabe reír.

—¿Y ella no?

—Bueno... Digamos que ríe como por cortesía.

—¿Ha fracasado con ella?

—¡Yo nunca fracaso! —se indignó Ulysses—, Pero comparando la risa de usted y la de ella me dije: me voy a ver si encuentro a la gordita. ¡Y la he encontrado! ¿De qué podríamos reírnos juntos?

—Por ejemplo, podríamos reírnos del hecho de que un hombre

tan apuesto como usted pretenda entablar amistad conmigo.

—¿Tiene usted complejo de inferioridad?

—De inferioridad creo que no, pero francamente, sí tengo un poco de complejo de gorda. Usted, en cambio, es un guapísimo atleta.

—Me interesa usted... —sonrió ampliamente Ulysses—. ¡Dígame más cosas bonitas, y a cambio yo la convenceré de que estar gordita puede resultar de lo más estimulante!

—Una cosa no se puede dudar, señor Campbell: ¡es usted simpático!

—Pues espere a conocerme mejor. Bien, ¿qué ha comprado usted?

—Una combinación.

—¿De veras? No debió hacerlo sin antes consultarme. Soy un experto en ropa interior de señora. Bueno, en realidad soy banquero, pero eso es... profesionalmente, ¿comprende? Vocacionalmente soy experto en ropa interior de señora. ¡Me encanta ver a las señoras en ropa interior! ¿Cómo es esa combinación?

—Creo que muy bonita —murmuró Celia.

—¿Permitiría usted que un experto le diera su opinión?

—No me molestaría en absoluto, pero comprenda que no voy a abrir la caja aquí y permitir que no sólo usted, sino el resto de los pasajeros se pongan a mirar mi combinación.

—Es un problema, en efecto —frunció el ceño Ulysses—. ¿Se le ocurre alguna solución?

—¿Ya usted?

—Pues sí, pero no sé si merecerá su aprobación, señora... señora...

—Señorita —corrigió Celia.

—Hoy no doy una. Antes creí que la rubia era soltera, y resulta que está casada. Y ahora... En fin, de todos modos esto facilita las cosas, ¿no le parece? Mire, yo había pensado comprarme un par de corbatas y una gorra de marinero. ¿Qué tal si me acompaña en mis compras y luego nos vamos a su camarote a cambiar críticas sobre todo lo comprado? Yo me pruebo las corbatas y la gorra y usted se prueba la combinación. Es un acuerdo muy razonable, ¿no le parece?

—Sí... —murmuró Celia Marshal—, lo parece.

—Salvo moralismos de gente cavernaria, claro. ¿Es usted cavernaria?

—No.

—Yo tampoco —aseguró Uly.

Media hora más tarde, ambos entraban en el camarote de Celia, que reía mientras cerraba la puerta. Ulysses señaló la del cuarto

de baño.

—Creo que debe usted entrar ahí para ponerse la combinación. Yo me pondré la corbata aquí mismo.

Ella se quedó mirándole fijamente unos segundos, asintió, y entró en el cuarto de baño cargada con la caja. Dejó la puerta entornada, pero Ulysses se acercó, y dijo:

—La voy a cerrar, para protegerme de las malas tentaciones de mirar.

Cerró. Inmediatamente, la sonrisa de bobo guapo y simpático desapareció de su rostro, y fue directo al armario, que abrió silenciosamente, sin la menor vacilación. Se movía como una máquina perfectamente programada, sin titubeos ni fallos. En tres segundos había abierto la maleta, que estaba vacía. Palpó el fondo, pero no había nada allí. La cerró, la colocó en su sitio, y palpó rápidamente los vestidos, apretándolos con las palmas de las manos buscando algún bulto... que no encontró. Los cajones fueron abiertos y cerrados a velocidad increíble, y siempre en un silencio total. Miró también los zapatos, y, por último, el bolso de viaje, dentro del cual encontró el pasaporte británico a nombre de Celia Marshal, actriz. Actriz, ¿qué te parece?, pensó. Alzó el pasaporte y examinó los sellos y un par de hojas al trasluz. Era auténtico. Lo dejó en su sitio, dio un último vistazo al armario, lo cerró, y se colocó en el centro del camarote, comenzando a ponerse una de las corbatas mientras miraba lentamente alrededor, fijándose en todos los detalles.

Antes de acercarse a Jennifer había estado observando a las personas que había cerca de ella, y se había dado cuenta de que la gordita le dirigía frecuentes miradas de reojo, pero, ciertamente, podía engañarse respecto a ella. Cuando menos, no parecía que Celia Marshal llevara ningún arma.

Con la corbata ya puesta de cualquier manera, se acercó al tocador y abrió uno tras otro los cajones. Nada. Prendas interiores, pañuelos, cosas así. Nada de armas. En definitiva, el único sitio que le quedaba por examinar y en el cual pudiera esconderse una pistola era la litera, pero le pareció demasiado simple, demasiado vulgar.

Así que, en definitiva, quizá tuviera que aceptar la otra alternativa con respecto a la gordita: ella había estado mirando a Jennifer Griffin simplemente por gusto estético y por recóndita envidia. Y eso era todo. Del mismo modo que un hombre gordito y calvo podía mirar a un hermoso joven lleno de músculos. Y punto.

La puerta del cuarto de baño se abrió, y apareció Celia en bragas y sujetador, y sosteniendo en una mano la combinación. Parecía consternada.

—Me parece que fui un poco... ilusa al comprar esta talla —

dijo.

Ulysses se puso la gorra, y se acercó a ella. Ciertamente, era gordita, pero no adiposa ni deforme. Era... voluminosa, para ser más exactos. Pero sus blanquísimas carnes eran tersas, elásticas, y sus formas todavía sugerían una juventud espléndida. Sus muslos eran como dos columnas de alabastro todavía visiblemente torneadas.

—Pues yo creo que es la tuya —murmuró Ulysses.

—No... He intentado ponérmela, y no me entra.

—¿Me dejas probar a mí?

Ella le miraba fijamente. Le tendió la prenda en silencio. Ulysses se la echó en un hombro, y, libres ambas manos, pasó los brazos bajo los de Celia, y buscó en la espalda el cierre del sujetador, que soltó. Retiró la prenda, y retrocedió un paso. Los pechos de Celia apenas se habían movido. El movió la cabeza, lanzó el sujetador sobre la cama, y comenzó a pasar la combinación por la cabeza de la inmóvil y succulenta Celia. Sin empacho alguno, Ulysses movió y apretó los pechos hasta conseguir embutirlos en la prenda, de la que tiró hacia abajo, comprimiendo las tremendas caderas femeninas. El resultado final fue espectacular.

—¿Sabes una cosa? —deslizó Ulysses—. A partir de ahora me fijaré más en las gorditas.

—¿Te gusta? —murmuró ella.

—Te sienta espléndidamente, palabra.

—Pero tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

Celia Marshal dio un par de pasos, al tiempo que alzaba los brazos para colocarse los cabellos en lo alto de la cabeza... La fina tela crujió suavemente, y reventó en las caderas y en los pechos, que saltaron como furiosos por el angosto encierro. Ulysses se quedó mirando estupefacto los desperfectos, y luego miró los claros ojos de Celia.

—Atiza —dijo.

Ella le miraba con expresión inquisitiva, expectante. De pronto, él sonrió, y ella también sonrió. Ulysses soltó una carcajada, y ella hizo lo mismo, relucientes sus ojos. En un instante, los dos rompieron a reír, hasta que Celia se llevó una de sus ensortijadas manos a la boca, como queriendo retener las carcajadas.

—Nos van a oír en los camarotes vecinos —dijo entre risitas.

—Espero que no les parezca mal que la gente ría. Bueno, parece que tendré que comprarte otra combinación: se ha roto por mi culpa, y no aceptarán cambiártela, claro. Esta ya no sirve para nada.

—En ese caso...

Celia terminó de arrancar la combinación, y acto seguido se quitó la braguita. Luego, se acercó a Ulysses, y le echó los brazos al cuello.

—En realidad —susurró—, esto es lo que los dos queríamos, ¿no?

—Es casi la hora de almorzar —recordó él.

—No almorcemos. Puedo ofrecerte algo mejor que el mejor almuerzo.

—Deberíamos ir al comedor ahora, y luego...

—¿Por qué tanto empeño en ir al comedor? ¿Porque quieres ver a la rubia? Ella estará allí, ¿no es cierto? ¿Os citasteis allí, pensabais almorzar juntos?

—No, no... Bueno, claro que ella estará pero no nos citamos.

—Entonces, quédate. Siempre hay tiempo para comer, pero no para gozar.

Lo besó en la boca. Hubo como una vibración en el cuerpo de Ulysses W. Campbell, y su gesto fue para apartar a la mujer, pero ella apretó más el cerco de sus robustos brazos, y se apretó más contra él. al poco, bajó un brazo, tomó una mano de él a tientas, y se la colocó en el seno, que parecía a punto de explotar aplastado contra el pecho de Ulysses.

Al poco, se apartó, suspiró, y le miró con ojos relucientes.

—Voy a poner el cartelito —susurró.

—Mujer, te van a ver...

—Entonces, ¡ponlo tú!

Ulysses miró aquellos ojos claros que ahora parecían encendidos, asintió, y fue a la puerta; cogió el cartelito colgado en la manilla, abrió y lo colocó en la parte de afuera...

* * *

Al ver abrirse la puerta del camarote de Celia, Delmer Charlton se había apresurado a cerrar la suya, tras la cual quedó escuchando. No oyó nada, y transcurridos unos pocos segundos volvió a abrir un par de centímetros. Vio el cartelito de «No molesten» colgado del pomo, y sonrió. Bien por Celia.

Cerró de nuevo, sacó un maletín de viaje del armario, y del doble fondo un estuche de plástico que parecía contener grageas; que no eran tales, sino diminutos micrófonos ultrasensibles. Se metió el estuche en un bolsillo, y salió del camarote.

Diez minutos más tarde veía entrar a Jennifer Griffin en el comedor de la clase de lujo, mirando a todos lados. Captó el gesto de leve irritación en su rostro, y reprimió una sonrisa burlona. Ya podía esperar la viuda al idiota, ya. Y en efecto, ella esperó de pie unos cinco o seis minutos, rechazando el servicio del jefe de

comedor. Transcurridos esos minutos, hizo un gesto como de desdén, llamó al jefe del comedor, y éste la llevó hacia una mesa. Perfecto.

Delmer Charlton abandonó el comedor, y un minuto después estaba en el pasillo de los camarotes. Sabía perfectamente cuál era el de Jennifer Griffin, y también el de Ulysses W. Campbell. Y sabiendo esto, para él iba a ser un juego de niños entrar primero en uno y luego en otro y colocar dos o tres micrófonos en cada uno, perfectamente escondidos.

Un juego de niños.

* * *

—Parece usted una niña... —refunfuñó Ulysses—. Una niña caprichosa que se enfada por cualquier motivo.

Sentada ante una mesita colocada junto al ventanal que daba al mar en el bar, Jennifer Griffin miraba fríamente a Ulysses, de pie ante ella.

—Señor Campbell —dijo secamente—, de nuevo me está usted molestando. Retírese, por favor.

—Escuche, ya le he dicho que me fue imposible acudir al comedor, le he pedido disculpas... ¿Qué más quiere?

—Que deje de molestarme. Estoy muy bien sola tomando tranquilamente este delicioso combinado de champaña.

—No sabía que le gustaran los combinados.

—¿Por qué tenía que saberlo? Y además, ¿qué importa eso? Mire, señor Campbell, no soy una mujer demasiado... asequible, ¿comprende? Pero cuando lo soy, me disgusta horriblemente que me den plantón. Así que entiéndalo bien: durante el resto del viaje le agradeceré que no vuelva a dirigirme la palabra. Buenas tardes.

—Eso no puede ser... —murmuró Ulysses—. Usted y yo tenemos que relacionarnos durante el viaje, señora Griffin.

—¿Sí? ¿Por qué motivo?

Ulysses miró disimuladamente a derecha e izquierda. Luego, se inclinó un poco hacia la rubia, y susurró:

—Como una concesión especial al cuerpo diplomático de los Estados Unidos, señora Griffin..., ¿no sería tan amable de escucharme en un lugar más adecuado que este? Su camarote, por ejemplo. ¿Dentro de cinco minutos?

Ella le estaba mirando con evidente sorpresa, muy abiertos los hermosísimos ojos azules. Por fin, parpadeó, y asintió.

—Está bien —murmuró—: venga dentro de cinco minutos.

—Gracias, señora Griffin.

Ulysses se fue hacia la barra del bar, donde pidió un whisky. Se

lo estaban sirviendo cuando Jennifer abandonaba su mesa y se dirigía hacia la salida. Cuatro minutos más tarde, Ulysses terminaba su whisky, dejaba un billete sobre el mostrador, y salía del bar.

Jennifer le abrió la puerta apenas hubo tocado en ella con los nudillos. Ulysses entró rápidamente, y cerró.

—¿Qué es eso de...? —empezó ella.

—Tranquila. Vamos a tomárnoslo con calma. Creo que debieron advertirla a usted de que yo haría contacto, y que era aconsejable que nos hiciéramos buenos amigos. Es conveniente que todos crean eso, para que yo pueda estar frecuentemente con usted.

—Señor Campbell, si tiene algo que explicarme hágalo, pero de modo que yo le entienda, ¿de acuerdo?

—Sí. Y lo entenderá usted perfectamente. Empezaré por decirle que no soy banquero. Soy diplomático, como su marido. Sólo que yo pertenezco a un cuerpo especial de investigación. Digamos que nos dedicamos a... investigar a los diplomáticos norteamericanos en el extranjero.

—¿Un espía? —exclamó Jennifer.

—Caramba, no propiamente..., pero algo parecido. Bueno, entiéndalo, a veces los diplomáticos hacen cosas raras, o se meten en algún lío. Nosotros estamos entonces cerca para arreglar las cosas de modo que el prestigio de los diplomáticos norteamericanos resulte lo menos dañado posible.

—De modo que un diplomático investigador de diplomáticos...

—Exactamente. Y he sido encargado de investigar los asesinatos de su marido y de Wilbur Kechtman.

—¿Quiere decir que... que realmente el accidente fue provocado?

—Eso ha sido ya comprobado.

—Dios mío... ¿Y qué... qué va a pasar ahora?

—No podemos saberlo con seguridad, pero creemos que intentaron convertir en cenizas los dos cadáveres. Y le diré cuál es nuestra teoría al respecto. Accidentaron el coche en el que viajaban su marido y Kechtman para poder quitarles algo u obligarles a que ellos mismos lo entregasen. Desdichadamente, el accidente resultó mortal, así que ellos no podían entregar nada, había que quitárselo. Sin duda seguían el coche, y cuando se produjo el accidente fueron allí. Pero, cuando se disponían a recoger lo que les interesaba, apareció un camión, que se detuvo. Comprendieron que el conductor se iba a acercar, y entonces hicieron lo único que se les ocurrió: incendiar el coche, para lo cual utilizaron más gasolina de la que había en éste. Tenían que convertir en cenizas los cadáveres de Griffin y Kechtman.

—Pero... ¿por qué?

—Porque lo que buscaban estaba *dentro* de los cuerpos de ellos, o de

uno solo. Ellos lo sabían, y como no podían... examinar por dentro los cadáveres decidieron convertirlos en cenizas, para destruirlo todo.

—Pero no... no entiendo... ¡Mi marido iba a pasar el fin de sem...!

—No, no, no, señora Griffin. Su marido y Kechtman estaban *huyendo* de algo, y posiblemente sabían cosas que fotografiaron en documentos o confesiones. ¿Sabe lo que son las microfotos?

—Sí... Claro, he oído hablar de ellas muchas veces.

—Su marido y Kechtman recurrieron a eso: microfotografiaron algo, lo metieron en una o dos cápsulas, y las ingirieron. Podíamos haber pedido la autopsia en Londres, pero como no sabemos qué podíamos encontrar, preferimos disponer las cosas de modo que las autopsias se realizaran en Estados Unidos, a fin de no complicar más el asunto.

—¿Y esperan... encontrar esas cápsulas en el estómago de Arnold, o de su amigo?

—Tenemos esa esperanza. Y también tenemos la esperanza de que alguien pretenda impedirlo, de que alguien pretenda adelantarse a nosotros.

—¿Adelantarse...? ¡¿Quiere decir robar los cadáveres que viajan en la bodega?!

—No creo que se atrevan a tanto. Pero quizá se atrevan a abrir los ataúdes, y luego... examinar los estómagos de los dos cadáveres.

—Pe-pero... eso... ¡eso es horrible!

—Hay gente capaz de hacer eso y otras muchas cosas que la impresionarían más, señora Griffin.

—Dios bendito... ¡Pero no podrán abrir los ataúdes, las llaves sólo las tengo yo!

—No sea ingenua, señora. Esos ataúdes pueden ser abiertos de muchas maneras. ¡Y ojalá lo intenten!

—¿Quiere decir que es una trampa,..., que algunos amigos de usted están vigilando los ataúdes?

—Ni hablar de eso. Es decir, no por ahora. Si esa gente reventara ahora los ataúdes, algún empleado del barco, o yo mismo, me daría cuenta, y entonces tendría la seguridad de que, en efecto, están a bordo, y movilizaría a todos mis compañeros para encontrarlos. Por poco listos que ellos sean tienen que saber esto, así que no se acercarán a los ataúdes hasta que estemos llegando a Nueva York, pues así saben que nosotros dispondríamos de poco tiempo para localizarlos. No, ahora no harán nada, tardarán cuatro días, según mis cálculos. Lo que harán ahora, en todo caso, será vigilar, por si hemos puesto hombres cerca de los ataúdes. Y como no es así se irán

tranquilizando, y finalmente reventarán los ataúdes. Para entonces, sí que estaremos vigilando, pero si consiguieran hacerlo sin ser vistos todavía haríamos lo imposible por localizarlos. Es... un juego de listo a listo, señora.

—¿Y si esa gente no viaja en el barco?

—Pues entonces no pasará nada, y al llegar a Estados Unidos veremos si hay o no hay algo en los estómagos de su marido y de Kechtman.

—Sí, entiendo. Bueno, no sé qué decir... ¿Tengo que hacer yo algo?

—No. Sólo relacionarse conmigo. Como si nos hiciéramos grandes amigos, y hasta algo más... Sólo las personas interesadas saben que el cadáver de su marido viaja en este mismo barco, de modo que nadie se escandalizará si... intimamos un poco.

—Eso es mucha frescura por su parte, dejando aparte lo demás, señor Campbell. ¿Sabe?: le vi a usted antes del almuerzo en una tienda, con una dama gordita, y tengo el presentimiento de que... simpatizaron mucho.

—Sí, es cierto —sonrió Ulysses socarronamente—. Bueno, las cosas sucedieron de un modo tan... precipitado que no pude controlarlas.

—¿Qué cosas? —exclamó Jennifer.

—Cosas que me impidieron acudir a almorzar con usted, como finalmente conseguí que aceptara esta mañana.

—¡De modo que ha estado usted con esa gorda...!

—Fue inevitable. ¿Está usted celosa?

—Eso... eso ha sido... ¡una asquerosidad!

—Señora Griffin, yo no puedo hacer cosas que sorprendan a nadie, pues llamaría la atención. Si Celia hubiera sido alguien encargada de sonsacarme se habría sorprendido mucho de mi postura reacia a ser amable con ella.

—¡Ha sido una cochinada!

—Señora Griffin, no creo que una reciente viuda deba reprocharme nada a mí en esas cuestiones..., salvo que ella esté dispuesta a darme lo mismo que la gordita Celia. Y eso no sería decoroso en su caso.

—¿Decoroso? ¡Me parece que usted ignora que hace siglos que estaba separada de mi marido, y había dejado de importarme por completo, igual que yo a él! ¡Ni me acordaba de que existiera hasta que... hasta que me avisaron de que había muerto! ¿Cree que voy a perder mi alegría de vivir por un... un sujeto del que me separé al mes de casados? ¡Tengo derecho a hacer lo que quiera, y a vivir como quiera!

—Me complace mucho oír eso... —sonrió Ulysses—. ¿Por qué se

casó con Arnold Griffin?

—¡Y yo qué sé! ¡Tonterías de juventud! Un diplomático más bien atractivo, amable, correcto, generoso... ¿Usted no se ha equivocado nunca?

—Muchas veces —murmuró Ulysses—. Sí, son cosas que pasan, digamos... tontos accidentes en las vidas de las personas.

—Usted lo ha definido muy bien: lo de mi boda con Arnold fue un tonto accidente en mi vida. ¡Por Dios, ahora sé que fue una majadería, pero no se piensa igual a mi edad actual que a los veinte años! Bueno: ¿y por qué tengo que contarle a usted todo esto? —se encrespó de pronto.

—Quizá se está disculpando conmigo por ser viuda, señora —sonrió Ulysses.

—¡No tengo por qué disculparme de nada!

—De acuerdo, de acuerdo.

—Usted... ¡usted es un engreído!

—Tal vez. Pero no el tonto que usted creyó esta mañana. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Sí. En eso sí.

—Entonces, ¿cuento con su cooperación? ¿Me seguirá el juego?

—Haré lo posible por adaptarme a la situación.

—Gracias. En cuanto a las llaves de los ataúdes será mejor que las esconda muy bien.

—Quizá sería conveniente guardarlas en la caja fuerte del capitán.

—Nada de eso. No me fío de nadie. ¿Dónde las tiene ahora?

—En el maletín de viaje.

—Es lo primero que se suele registrar. Yo registré el de Celia Marsha!... Es actriz, ¿no le parece curioso? Pero su pasaporte es correcto, y no esconde armas... Bueno, tenemos que admitir que también viajan personas normales como Celia en este barco, ¿no? Creo que sería mejor que me entregase las llaves a mí. Les buscaré un buen escondrijo.

—Su camarote debe ser más o menos como éste. ¿Dónde las esconderá que no puedan esconderse aquí?

—Dentro de un zapato envueltas en algodón —sonrió socarronamente Ulysses—, ¿Se le habría ocurrido esto a usted?

—No. La verdad es que no. ¿Se las doy ahora?

—Sí, por favor. Si ellos consiguieran las llaves todo se dificultaría, porque aunque abrieran los ataúdes nadie se daría cuenta, ya que no tendrían que forzarlos. Yo las guardaré.

CAPITULO V

Sentado en su camarote junto al receptor de los micrófonos, Delmer Charlton oyó incluso el taconeo de Jennifer Griffin al desplazarse hacia el armario, y, a los pocos segundos, el tintineo de las llaves...

«—Gracias, señora Griffin —sonó la voz de Campbell—, Si algo me ocurriera a mí ya sabe dónde encontrar las llaves. Y otra cosa: creo que deberíamos tutearnos, dar esa impresión de buenos amigos.

»—Usted es un caradura.

»—Sólo soy un hombre que está haciendo su trabajo. De todos modos, si lo dices por lo de Celia, la solución es bien simple: acapárame tú, y así ella no tendrá ocasión de relacionarse demasiado conmigo. Aunque me temo que Celia te presentará batalla.

»—Estás bromeando. ¿Esa gorda? ¿Estás tratando de decir que esa mujer puede rivalizar conmigo?

»—Ahora eres tú la engreída, ¿no te parece?

»—Sí, pero con motivos. ¡No irás a compararla conmigo!

»—Para hacer comparaciones habría que igualar las... relaciones. Lo que dicho sea de paso no me disgustaría en absoluto.

»—¿Tengo que establecer una competencia sexual con esa gorda?

»—Eso sería lo adecuado, para que pudieses estar segura de que la superas...

«—¡Quítame las manos de encima!

»—Como quieras. Pero recuerda esto: cuando no estemos solos deberás ser conmigo mucho más amable. De lo contrario se sorprenderían de que yo insistiera en estar siempre cerca de ti. Eso está claro, ¿verdad?

»—Sí.

»—Estupendo. Eres una viejecita encantadora.

»—¿Viejecita? —sonó la exclamación de Jennifer Griffin.

»—Claro. ¿Acaso no son viejas todas las viudas?

»—¡Estúpido!

«—Tranquila, cariño. Démonos un besito de buena voluntad y aquí no ha pasado nada. ¿De acuerdo?

»—Aparta tu sucia boca de mi cara... ¡Por lo menos deberán pasar cuarenta y ocho horas antes de que te considere limpio de las grasas de esa gorda!

»—¿Cómo dicen en las novelas...? Ah, sí: ¡estás preciosa cuando te enfadas!

»—¡Haz el favor de dejarme en paz!

»—De acuerdo, de acuerdo. Luego nos veremos. Y por supuesto esta noche cenaremos juntos.

»—¿Me agredirá la gorda por eso?

»—Tal vez lo haga. Es una mujer muy temperamental.

»—¡Fuera de aquí!

»—Hasta luego, mi amor.»

Se oyó el bufido despectivo de Jennifer Griffin, las pisadas de Ulysses, la puerta al cerrarse. Los micrófonos que Delmer había colocado eran, sin la menor duda, de altísima sensibilidad. Pero como ya no había nada más que oír por el momento, Delmer se dispuso a cerrar el receptor. Fue entonces cuando sonó la rabiosa frase de la rubia viuda:

«—¡Ya le enseñaré yo a esa gorda a manejar a un hombre...!»

Delmer Charlton sonrió y frunció el ceño al mismo tiempo. Estuvo escuchando unos segundos más, comprendió que estaba perdiendo el tiempo, y cerró por fin el receptor. Recogió toda la cinta, y la pasó, a volumen muy bajo y sin quitarse los auriculares. Cuando terminó el diálogo entre Jennifer y Campbell recogió de nuevo la cinta, metió el receptor y los auriculares dentro de un portafolios, y abandonó la habitación. Estaba seguro de que «Snoring» consideraría que saber aquello inmediatamente era una emergencia suficiente para ser visitado.

* * *

La audición terminó, y «Snoring» se quitó los auriculares, buscó a tientas el receptor-reproductor, y lo detuvo. Sentado en el borde de la litera, Delmer oyó el leve chasquido del mecanismo del aparato, y comprendió que «Snoring» lo había oído ya todo. Durante un par de minutos estuvo esperando algún comentario, pero sólo oyó un par de veces el característico ronquido del personaje. ¿Y bien? ¿Qué demonios tenía que pensar tanto «Snoring»?

Por fin, oyó su voz susurrante:

—Un buen trabajo, en efecto, Charlton.

—Eso creo yo también. Y nos lo han puesto muy fácil... Yo diría que incluso demasiado fácil.

—Sí, huele mal. Podría ser una trampa. Pero eso implicaría que la viuda de Griffin y ese Campbell estaban de acuerdo con anterioridad para sostener esa conversación «informativa», y, por supuesto, que saben que tienen micrófonos en sus camarotes. ¿Te parece posible?

—Francamente, no.

—Resultaría todo tan vulgarmente artificial y tosco... Además, sería lo mismo que llamarnos tontos. Y no creo que Campbell

piense que somos tontos. El es demasiado listo para no admitir que los demás también podemos serlo. Tender una trampa así sería ridículo e insultante.

—Entonces..., ¿cree que todo es cierto?

—Me inclino a creer que sí. Pero voy a reflexionar sobre ello. No tenemos prisa, por el momento. Tú dedícate a vigilarlos, y que te ayuden Paul y Troy..., y Celia, naturalmente. ¿Cómo son físicamente la viuda y el espía diplomático?

Delmer los describió, y cuando terminó, «Snoring» murmuró:

—Una pareja notable. Acabarán acostándose juntos, desde luego. Y me parece que ése será el mejor momento para que nosotros intentemos algo..., si es que me decido. Pero antes tendríamos que conseguir esas llaves.

—Eso puedo hacerlo yo en un abrir y cerrar de ojos, sabiendo dónde las ha escondido Campbell. Puedo entrar y salir de su camarote como del mío.

—Ya sé. Vamos a esperar veinticuatro horas. A partir de entonces, si tal como presumo esos dos se acuestan juntos, avísame. Pero sólo si lo hacen en el camarote de ella, pues si estuvieran en el de Campbell no podrías entrar a por las llaves. ¿Está entendido?

—Sí, señor. ¿Alguna instrucción especial para Celia?

—Que se comporte conforme a su papel visible: una gorda y vistosa mujer encaprichada de un guapo sujeto. Tenme al corriente. Eso es todo.

—Supongo que debo seguir escuchando sus conversaciones.

—Naturalmente.

Siempre a oscuras, Delmer Charlton recogió el equipo de grabación-audición, lo metió en el portafolios, y abandonó el pequeño camarote individual. Así es la vida: «Snoring», que era el gran cerebro de la operación, viajaba en un incómodo camarote de la clase turista, y él, que era un auxiliar, viajaba en la clase de lujo. Pero Delmer no pudo dejar de hacerse una pregunta: ¿cómo debía vivir habitualmente «Snoring» mientras él vivía de cualquier manera y muchas veces jugándose la vida?

Dentro del camarote, John Wellington, «Snoring», estaba vistiéndose para salir. Sentía una gran curiosidad por conocer personalmente a la rubia viuda y al fascinante Ulysses W. Campbell. Y a propósito: ¿qué debía significar la W?

* * *

—Me fastidia decirlo —refunfuñó Ulysses—, Además, ya sabes que los amigos me llaman Uly, y ya está.

—De acuerdo —rió Celia—, ¡pero me gustaría saber qué significa la

W! ¡Vamos, Uly, sé complaciente!

—Está bien —se resignó Uly—: significa Washington.

—¡Qué cosa tan graciosa! —exclamó, con no poco sarcasmo, Jennifer Griffin—, Nunca había conocido a nadie que llevase los nombres de dos presidentes.

—¿Y qué tiene eso de gracioso? —la miró mosqueado Ulysses.

—Vamos, no te enfades con Jennifer —pidió Celia, dando una palmadita en un muslo de Ulysses con su gordezuela y enjoyada mano—. Estamos pasando un rato agradable, Uly, Y reconoce que no es corriente que un solo hombre lleve los nombres de George Washington y Ulysses Simpson Grant. De todos modos, a mi modo de ver, tú te mereces esos dos nombres.

—Gracias, cariño... —la miró afectuosamente Ulysses—. ¡Tú sí que eres una mujer estimulante!

—¿Qué has querido decir con eso? —exclamó Jennifer, irguiéndose en su asiento del salón del bar.

—No he querido decir nada especial. Sólo trataba de...

—Perdonen —se acercó el hombrecillo, con la cámara fotográfica por delante—. No quisiera molestar...

Los tres lo miraron sorprendidos. Era un sujeto bajito, de escasa cabellera de un color rubio paja, rostro blanco y blando, y pequeños ojos claros y tristes que parecían suplicar tras los redondos cristales de las gafas de montura de acero. Lo único que restaba insignificancia a su rostro era la pequeña cicatriz de apenas una pulgada en el lado derecho de la boca, junto a la comisura. En cuanto a su indumentaria, era correcta, pero vulgar, cuidada y planchada con ese inconfundible esmero de quien tiene un vestuario escaso.

—¿Qué quiere usted? —le miró todavía irritada Jennifer,

—Perdonen... Bueno, siento mucho...

—¿Es usted fotógrafo? —preguntó riendo Celia.

—No... No, señora. Soy un pasajero comente. Quiero decir que viajo en la clase turista.

—¿De veras? —rió de nuevo Celia—, ¿Y qué hace usted aquí? ¿Busca a alguien?

—No, no... Pensé que sería buena idea tomar unas fotos...

—No creo que esté prohibido —dijo amablemente Campbell—. ¿Cuál es su problema, amigo?

—Me gustaría... aparecer yo en un par de fotos en este salón. Y claro, yo mismo no puedo tomarme las fotografías. Pensé que...

—Yo le tomaré esas fotos —dijo Jennifer, poniéndose en pie—. Estoy segura de que lo pasaré mejor que soportando groserías.

—¿Groserías? —exclamó Ulysses—. Escucha, Jenny, lo que yo decía...

—Déjame en paz —Jennifer miró sonriente al desconocido—, Estaré encantada de ayudarle, señor. ¿Dónde y cómo quiere las fotografías?

—Me gustaría, a ser posible, que se me viese bien, con todo el salón al fondo. Pero si la estoy molestando...

—Deje de pedir disculpas. Le aseguro que me ha hecho un favor. Si usted prepara la cámara yo dispararé cuantas fotos quiera. Lo digo porque como fotógrafa soy un desastre. En cambio, apretar un botoncito no creo que sea demasiado difícil.

—No —sonrió el sujeto—. Es usted muy amable, de veras.

—Pues entonces, ámeme.

—¿Qué? —respingó con extraño ronquido el hombre.

—Nada —rió Jennifer—, ¡era una broma! ¿Quiere que le haga también fotos en el comedor? Están sirviendo la cena, y se ve espléndido.

—Como gustarme, me gustaría, pero temo que...

—No debe temer nada. Me encantará ayudarle. Incluso quizá podamos tomar alguna en la cubierta de botes, con una espléndida puesta de sol en la proa. ¿Qué le parece?

El desconocido sonrió, y pareció un niño maravillado, extasiado.

—Ya veo que no me equivoqué al elegirlos a ustedes. Estuve mirando a otras personas, pero no me parecieron... demasiado sociables.

—Tiene usted una vista excelente —rió Jennifer—. Bien, empecemos... Yo empezaría por la cubierta, antes de que termine de ponerse el sol.

—Es usted muy amable, mucho, señorita.

—Usted también.

Sentados en el salón, Celia y Ulysses vieron salir del salón a Jennifer y al desconocido. Regresaron poco después, y Jennifer tomó más fotos. Luego, fueron al comedor, donde tomaron las últimas. Al devolverle la cámara a su propietario, Jennifer comentó:

—He puesto mi mejor voluntad. Espero que salgan bien, señor...

—Oh, Wellington... John Wellington, para servirla. Se me está ocurriendo que quizá le gustaría tener a usted también algunas fotos con sus amigos, o sola.

—No, gracias.

—Podría revelarlas por la mañana en una de las tiendas y enviárselas a su camarote.

—Se lo agradezco, pero no.

—Bien, como quiera. Gracias de nuevo, señorita.

Adiós —sonrió Jennifer.

John Wellington se alejó, y Jennifer, tras titubear, regresó junto a

Ulysses y Celia, que conversaban animadamente. Ulysses la miró socarrón:

—¿Cómo te ha ido con tu nueva conquista? —se interesó.

—Es un hombre muy educado, que está un poco resfriado. Quería fotografiarnos a todos.

—¡No, qué horror! —exclamó Celia—. ¡Yo salgo muy mal en las fotos!

—Tal vez ha querido decir que no sale completa en las fotos —deslizó malignamente Jennifer—, a menos que se tomen en sentido horizontal.

—¡Oh! —gimió Celia.

—Eso no ha sido muy amable por su parte, Jenny —amonestó Ulysses.

—Voy a cambiarme para la cena —dijo fríamente Jennifer—, Y hazme un favor, ¿quieres?: cuando me veas aparecer en el comedor, ignórame. Antes cenaría con el señor John Wellington que contigo. El fotógrafo, quiero decir.

—¿No quieres tomar un aperitivo? —sonrió Ulysses.

—Estúpido.

Jennifer dio la vuelta, y se alejó, dejando sonriente a Ulysses y no poco gozosa a Celia, que le dio otra palmadita en el muslo.

—¿Sabes? —susurró—: yo no deseo que me ignores, Uly.

—Pues ya tienes compañero de cena.

—¿Y después de la cena? —entornó los párpados Celia.

—Me parece que hoy jugaré al póquer hasta la madrugada. Bueno, creo que nosotros también debemos vestarnos para la cena. Es lo más divertido de estos viajes: cambiarse de ropa para cada evento. Luego nos veremos, cariño.

—Pero si yo también voy al camarote...

—Estoy esperando un cable de negocios, y voy a ver si ha llegado. Hasta luego.

Ulysses se alejó, pero no fue en busca de ningún cable, sino a la oficina donde estaban expuestas las listas de pasajeros. En éstas, buscó el nombre de John Wellington, que, efectivamente, constaba, asignado al camarote 166 de la clase turista, uno de los individuales. Todo en orden. Seguramente se había equivocado cuando le pareció que, antes de acercarse a ellos, el señor Wellington les había tomado una fotografía. Debía haber estado fotografiando el salón, eso era todo...

* * *

Sin embargo, tal como puede ocurrirle a cualquier ser humano por inteligente que sea, Ulysses Washington Campbell se equivocó: a la mañana siguiente, muy temprano, mientras él

dormía tras una velada de póquer que se había prolongado hasta muy tarde, el señor John Wellington retiraba de la tienda de fotografías del barco el rollo ya revelado, y el sobre que contenía las copias.

Las miró allí mismo. Habían salido muy bien todas las fotografías, incluyendo las dos que había tomado del grupo formado por Celia, Campbell y la viuda de Griffin. Estas dos fotografías fueron las que más retuvieron su atención, y, de ellas, los rostros de Ulysses Campbell y Jennifer Griffin. Pensó en pedir unas ampliaciones de aquellos rostros, pero esto ya le pareció demasiado comprometido en aquel lugar, y decidió aplazarlo.

Afuera, en el pasillo interior de las tiendas, el señor Wellington se detuvo, y volvió a mirar las fotografías. El llevaba gafas, cierto, pero su vista era excelente, sobre todo, y precisamente, con las gafas puestas. Sus claros ojos iban de uno a otro rostro de los personajes que le interesaban. El señor Campbell sonreía, y la señora Griffin parecía un poco enfadada..., pero había una... *expresión de fondo* en ambos rostros que le producía un desasosiego poco frecuente en él.

El señor Wellington se guardó por fin el sobre con las fotografías, y fue a desayunar. A media mañana fue a uno de los bares de la clase turista, y telefoneó desde allí. Obtuvo respuesta casi inmediata.

—¿Sí? —sonó la voz de Delmer Charlton.

—¿Están juntos?

—No... Ella ha salido, pero no ha ido al camarote de él. El está durmiendo, al parecer. No han hablado esta mañana, no se han visto.

—Bien. Hacedlo a la primera oportunidad. Cuando antes. ¿Entendido?

—Sí. ¿Quiere decir que lo hagamos todo?

—Sí, todo.

—De acuerdo.

«Snoring» colgó, y pidió un café.

CAPÍTULO VI

Celia desvió un instante la mirada de las páginas de la revista para dirigirla hacia Delmer, que acababa de sentarse dos extensibles más allá. Lucía el sol, pero había un leve vientecillo que resultaba fresco. Había muy poca gente en la zona de recreo.

—¿El sigue durmiendo? —murmuró Celia, bajando de nuevo la mirada hacia la revista.

—Sí —contestó Charlton, mirando plácidamente hacia el cielo—. En cuando salga del camarote tenemos que hacerlo. ¿Dónde está la viuda?

—De compras. Me la encontré antes, y dijo que ella sólo toma el sol cuando da gusto hacerlo.

—Perfecto, entonces. Si Campbell viene por aquí no la sueltes por nada del mundo: tengo que quitarle las llaves. De pronto, a «Snoring» le ha entrado una gran prisa.

—¿Por qué?

—Bueno, supongo que puesto que podemos disponer de las llaves quiero hacerlo ahora que no hay vigilancia. Es lo mejor. No dejaremos ni rastro, nadie notará que hemos abierto los ataúdes, y cuando quieran poner la vigilancia se morirán de tontos esperando. En cuanto aparezca Campbell yo me iré a por las llaves. Celia: no lo dejes apartarse de ti.

—No te preocupes.

—Bien.

Se desentendieron el uno del otro. Casi media hora más tarde, el apuesto Ulysses Washington Campbell aparecía en la zona de recreo, perfecto como un cuadro, recién afeitado, guapísimo. Vio a Celia, y se fue directo hacia ella.

—Buenos días, buenos días, buenos días, gordita encantadora. ¿Cómo van las cosas?

—No muy bien —le sonrió ella—. Te estaba esperando, pero iba ya a marcharme. Casi tengo frío.

—Tonterías, cariño. Es decir, quizá tenías frío hasta ahora, pero ya no puedes tenerlo estando yo aquí. ¿Qué me dices a eso? Es más, sospecho que dices eso del frío para que nos vayamos de aquí... a tu camarote, pongo como ejemplo. ¿Eh? ¿Qué tal?

Celia iba a contestar cuando Delmer se puso en pie, y se alejó. Ulysses ni siquiera pareció reparar en su presencia.

—Me parece —rió Celia— que no deseas acompañarme, así que no voy a correr el riesgo de un desaire. Quedémonos aquí.

—Te debo una combinación. ¿Vamos a comprarla?

—No —frunció el ceño Celia—, Ahora estoy bien aquí.

—Pues vaya un cambio. Dime la verdad.

—¿La verdad? De acuerdo: ella está de compras, y prefiero que no la veas.

—¿Te refieres a la viuda? Vaya... ¡De modo que estás celosa!

—Tengo motivos. La persigues como si estuvieses loco por ella.

—Y lo estoy... —suspiró Ulysses—. ¡Pero también estoy loco por ti!

—Eres un cínico, ¿no te parece?

—Bueno, ¿a qué engañarnos? Este es un viaje de placer, hay que tomar de él lo mejor que podamos. Mira, gordita, dentro de unos días llegaremos a Nueva York, y nos diremos adiós, ¿no es cierto? Cada cual irá por su lado, y si te vi no me acuerdo. Yo soy como el cazador: no va a dejar de tirarle a una perdiz porque ya tenga otra en el morral, ¿comprendes?

—Uly, eres el hombre más descarado que he conocido.

—Pero no te importa, ¿verdad?

—Pues... a mí no mucho, porque en cierto modo tienes razón. Pero a Jennifer creo que sí le importa. Creo que es de las que se toman en serio estas cosas, así que estás perdiendo el tiempo con ella.

—¿Qué te apuestas? Apuéstate cualquier cosa a que me la llevo a la cama y habrás perdido. ¡Si conoceré yo a las mujeres...!

—La verdad, Uly, esta conversación es un poco... humillante para mí.

—No seas tonta —Ulysses le dio un cachecito—. Tú eres mi cariño en peso pesado, y ellas es como... como un pastelito de postre. ¿A quién no le gusta el postre? Sobre todo si es un bombón como Jenny.

—Me estás resultando demasiado frívolo.

—Okay. ¿Qué prefieres? ¿Qué te tome el pelo diciéndote que eres el amor de mi vida, que nunca he amado antes a otra mujer, y que en adelante sólo te amaré a ti? ¿Prefieres eso?

—Eres el hombre más descarado del mundo —rió Celia—, pero verdaderamente, nunca podré reprocharte que hayas sido hipócrita. Y la verdad es que lo prefiero así.

—¿Lo ves, mujer? Oye, perdona un momento: el camarero me está haciendo señas. Vuelvo en seguida.

En efecto, el camarero de servicio en el solitario bar descubierto estaba haciendo señas a Ulysses, mostrando en alto el auricular del teléfono del mostrador. Ulysses llegó allá, agradeció el servicio con una amable sonrisa, y tomó el auricular.

—¿Sí? Soy Campbell, diga, diga.

—Un hombre ha entrado y salido de tu camarote. Es el que ocupa el camarote F, se llama Delmer Charlton, si no recuerdo mal.

—¿Lo has seguido? ¿Dónde estás?

—No lo he seguido —negó Jennifer—, y te llamo desde el salón. Sabemos adónde irá, quizá ahora, quizá más tarde.

—No, más tarde, no. Irá ahora, y procurarán terminar cuanto antes para devolverme las llaves a fin de que no me entere de nada. Creo que me equivoqué con Celia, y me la han dejado como un ancla colgada del cuello. Ven dentro de un par de minutos para hacerte cargo de ella.

—¿Y tú adónde irás?

—Haz lo que te digo —gruñó Ulysses; y colgó.

Sonrió de nuevo al camarero, y regresó junto a Celia, que lo miraba con incontenible interés. Se sentó de nuevo junto a ella, con expresión pensativa.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Celia.

—Malo, no..., sólo inesperado. Es el cable que estaba esperando: me lo han leído. Bueno, tengo que enviar una respuesta urgente. ¿Te importa que la escriba aquí?

—Claro que no.

Ulysses sacó una agenda, en la que comenzó a escribir, haciendo pausas para reflexionar. Todavía no había terminado cuando apareció Jennifer, que se acercó a ellos como de mala gana.

—Hola... —saludó—. ¿Tenéis ganas de pasar frío?

—No se está tan mal —protestó Celia—. ¿Qué has comprado?

—Nada —se mostró de malhumor Jennifer, mirando a Ulysses—. ¿Estás escribiendo tus memorias?

—Más o menos —la miró él, risueño; se puso en pie—. Disculpadme las dos, pero tengo que ir a enviar un cable. Luego nos veremos.

—Te acompaño —dijo Celia.

—Claro que no, qué aburrimiento. ¿Por qué no acompañas a Jenny a hacer sus compras? ¡Seguro que podrás aconsejarla bien!

Sin esperar a más, Ulysses se alejó. Dos minutos más tarde entraba en uno de los camarotes de primera clase, utilizando llave propia: el viejo truco de los dos camarotes para una sola persona, pensó. Fue directo al armario, lo abrió, y sacó una vieja maleta que depositó sobre la cama. Estaba vacía, a simple vista. Cuando alzó la tapa del doble fondo apareció el pequeño arsenal: dos pistolas, varios cargadores, una radio, una funda axilar... Se colocó ésta, metió un cargador por la base de la culata, y otro en un bolsillo; luego, enroscó el tubo silenciador en la boca del arma, y la enfundó. Finalmente, recurrió a la pequeña radio, apretando el botón de contacto.

—¿Sí? —sonó en el acto una voz masculina.

—Voy a la zona de carga: parece que el asunto se ha puesto en

marcha. Ustedes cuiden de ella. Está con la gorda.

—Puede estar seguro de que la cuidaremos, señor.

Uly asintió, cerró la radio, lo guardó todo, y abandonó el camarote. Cuatro minutos más tarde, llegaba a una de las entradas de la zona de carga, donde uno de los tripulantes encargados de las estibas pasaba empujando un carrito de mano para pasillos angostos.

—Tengo que coger algo de mi baúl —dijo Ulysses—. Supongo que puedo entrar.

—Naturalmente, señor. Precisamente hace unos minutos han entrado otros dos pasajeros a lo mismo. ¿Necesita usted ayuda?

—No, gracias.

Ulysses entró en la zona de carga. Era enorme, y por supuesto lo que menos espacio ocupaba en ella eran los equipajes de los pasajeros. Había automóviles, un par de camiones, y grandes fardos de toda clase. La luz estaba encendida, pero por todas partes había sombras creadas por los grandes fardos de mercancías y maquinaria. Llegaba el rumor potente de los motores del gigantesco transatlántico.

La ventaja de Ulysses era que sabía perfectamente dónde habían sido colocados los dos ataúdes, de modo que se dirigió hacia allá buscando con facilidad pasillos que le ocultasen. Dos hombres. Uno de ellos debía ser el tal Delmer Charlton, evidentemente. Sí, había estado con cierta frecuencia remoloneando cerca de él y Jennifer. Lo recordaba perfectamente: un sujeto alto, pero de esos que saben pasar prácticamente desapercibidos...

Se detuvo cuando estuvo cerca de la zona donde viajaban los dos ataúdes, y escuchó.

* * *

Uno de los ataúdes había sido abierto ya, y Paul estaba abriendo el otro. No había problemas. Alzó la tapa, y, como en el anterior, vio dentro el cadáver, metido dentro de la hermética caja de zinc. Estuvo un par de segundos mirando el ennegrecido y deformado rostro del cadáver. Ni siquiera podía saber si era Griffin o Kechtman. Miró de soslayo a Troy.

—En cuanto abramos la caja de zinc esto va a oler a demonios —susurró.

—Sí, pero no importa. Date prisa.

Paul asintió, sacó de la bolsa de cuero el escoplo, lo sujetó al borde de la caja de zinc, y comenzó a hacer girar el mando como si se tratase de un sacacorchos. El escoplo comentó a penetrar fácilmente en la junta soldada de las planchas de zinc. Troy

asintió, se acuclilló, y abrió su bolsa, en la que llevaba los afiladísimos instrumentos quirúrgicos que tendría que utilizar en breve. Tenía que ser un trabajo rápido y decidido. Un buen tajo, sin miramiento alguno... Iba a ser asqueroso, pero había aceptado el trabajo, y lo iba a cumplir, así se simple. Llegó de pronto a su olfato el nauseabundo hedor, y casi cayó sentado. Miró a Paul, que había soltado una exclamación ahogada, y ahora apretaba los dientes y parecía querer comprimir su nariz para protegerse del olor a cadáver en corrupción...

—De momento quédense como están —sonó la voz varonil tras ellos—. Luego les diré lo que han de ir haciendo.

Troy y Paul se habían quedado inmóviles, como petrificados, tan sólo al oír la tranquila voz. Luego, cuando pensaron en moverse, comprendieron que el hombre que daba órdenes tan tranquilas tenía que estar bien respaldado por un arma..., y continuaron inmóviles.

—Ahora, muy despacio, dejen ambos lo que tienen en las manos, y vayan irguiéndose, sin movimientos bruscos y sin volverse hacia mí. Luego, siempre muy despacio, saquen sus armas y déjenlas sobre el ataúd, que yo las vea bien. Y les advierto una cosa: tengo una puntería excepcional, mis nervios son de acero, y no me importa matar. Lo he hecho otras veces. Si me han entendido, ustedes verán lo que hacen.

Los dos hombres permanecían todavía inmóviles. Estaban seguros, segurísimos, de que quien les hablaba no era ningún bocazas, sino un hombre preparado para afrontar perfectamente aquella situación. Pero, además, quizá no estaba solo.

Así que, con tan cautas reflexiones, su actitud fue moderada y obediente. Dejaron lo que tenían en las manos y comenzaron a erguirse lentamente, lentamente... ¡Maldito Charlton! ¿Por qué no había ido con ellos? ¿Por qué demonios tres habían de ser demasiados, de dónde había sacado eso? ¡Ellos se la estaban jugando y él esperando tan tranquilo en su camarote!

—Ahora, las armas. Sobre el ataúd. Despacio. Si se vuelven les vuelo la cabeza.

En cierto modo, Paul y Troy comenzaron a dudar de que aquel hombre fuese capaz de hacer aquello. Su voz era demasiado tranquila, no contenía truculencias, ni siquiera era amenazadora. Era una voz simplemente informadora. Tal vez podrían...

En el mismo instante en que la idea de enfrentarse al hombre pasaba por sus mentes, la luz de la zona de carga se apagó, súbitamente. La oscuridad fue terrible, sobrecogedora. Sólo quedó un resplandor en la entrada expedita en aquel momento, pero no llegaba hasta allí, debido a los obstáculos de los grandes fardos.

Troy ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Oyó tras él el apagado chasquido del disparo efectuado con silenciador, y la bala le empujó rudamente por la espalda, derribándolo de bruces sobre su instrumental quirúrgico. Paul si pudo saltar hacia un lado, mientras oía el siguiente disparo, que pasó a menos de tres palmos de su cuerpo, evidenciando la auténtica buena puntería de Ulysses Campbell, al que se le podía disculpar el fallo ocasionado por la oscuridad.

Paul rodó por el suelo, chocó con algo, y se puso en pie, sin tener remota idea de dónde se hallaba. Respingó cuando vio frente a él el fogonazo y otra bala le pasó tan cerca que casi tocó su mejilla antes de hundirse en el fardo que tenía detrás. Sacó su pistola frenéticamente, apuntó hacia donde había visto el fogonazo diminuto..., y oyó el velocísimo desplazarse de unos pies.

Su dedo quedó crispado en el gatillo, rígido. Sabía que Campbell ya no estaba en el sitio desde el cual había disparado, pero no sabía dónde estaba ahora. Y si él disparaba, Campbell sí lo localizaría. Permaneció inmóvil, conteniendo la respiración. Ya se movería el otro, y en cuanto lo oyera le dispararía...

No se oía nada en este sentido. Seguía llegando el sordo rumor de las poderosas máquinas, y eso era todo.

De pronto, Paul tuvo la sensación de que un rayo de hielo penetraba en su cuerpo, en su pecho. Fue una sensación súbita, pavorosa, espantosamente fría. Ni siquiera pudo emitir un gemido, porque en seguida, la punta del estilete llegó a su corazón y lo perforó. Por un instante, Paul tuvo como la visión de un gran resplandor ante sus ojos, quizá una visión interna de un mundo nuevo, desconocido, al que se precipitó en el acto. Quedó muerto de pío, con la pistola en la mano, la muda boca abierta, los ojos dilatados... Luego, muy despacio, comenzó a caer hacia delante, rígido, tieso como un poste, sin soltar la pistola.

Unos metros más allá, Ulysses estiró rápidamente el brazo armado al oír el fuerte impacto del cuerpo contra el suelo, pero sus nervios eran incluso más templados que los de Paul, así que su dedo ni siquiera llegó a crisparse. Pero sí permaneció alerta en la oscuridad.

No comprendía lo que había ocurrido, pero, simplemente, no le gustaba. Podía haber sido algo derribado por su adversario para obligarle a disparar. Tan despacio que parecía que no se movía, se fue irguiendo, atento sobre todo el oído. Proseguía el sordo rumor de las máquinas.

En alguna parte, y brevemente, oyó un sonido diferente, algo así como un respingo extraño, y giró muy despacio en esa

dirección, moviéndose tan silencioso como lo haría una sombra. Le pareció oír un ruido que quiso clasificar como el de un tacón de zapato, y giró ahora en esa dirección. El no veía nada, pero sabía que tampoco podían verle a él.

Durante un minuto, pareció que todo fuese a quedar así, sumido en las sombras y como envuelto en el rumor de las máquinas. No había ningún otro sonido, ninguna luz, ningún movimiento. Por encima de los grandes fardos Ulysses creyó ver el resplandor que se recortaba en el portón de entrada. Y en esa dirección, algo causó ruido. Ulysses se movió más velozmente, las suelas de sus zapatos susurraron en el suelo...

Por delante de él apareció el brevísimo y pequeño resplandor de un disparo. La reacción de Ulysses fue tan veloz que todavía estaban sus oídos bajo la presión del aire desplazado por la bala del otro cuando él disparaba a su vez. Oyó el extraño respingo, el impacto de la bala en algo blando, el rumor de tres o cuatro pasos..., y volvió a disparar, desplazándose en el acto para desalojar la posición.

Pero esta vez no dispararon contra él.

No sucedió nada.

Permaneció durante más de dos minutos, como si se hubiese convertido en piedra. Sus finos oídos captaban todos los rumores, pero ninguno le parecía revelador, ninguno le pareció con suficiente identidad para disparar.

Finalmente, Ulysses metió la pistola en la funda, se sentó silenciosamente en el suelo, y se quitó los zapatos, con gran cuidado. Volvió a ponerse en pie y a empuñar la pistola...

La luz regresó de pronto, y Ulysses, sin un respingo siquiera, saltó hacia un lado, moviendo velozmente los ojos en todas direcciones. Su mirada pasó sobre el cuerpo de Paul, regresó un instante, y continuó la búsqueda... En la entrada de la enorme nave oyó una voz de hombre. Se puso rápidamente los zapatos, enfundó la pistola y se dirigió hacia allí. A mitad de camino se encontró con el tripulante de antes, que le miró alarmado.

—¿Le ha ocurrido algo, señor? ¡La luz estaba apagada...!

—Sí, se apagó hace un momento —dijo serenamente Ulysses—. Debieron apagarla los otros hombres que vinieron a recoger algo, creyendo que no había nadie más aquí dentro. ¿No los ha visto salir?

—No, señor, no he visto salir a nadie, ¡Vaya una broma...! Espero que no se haya asustado, señor.

—Un poco —sonrió simpáticamente Ulysses—: todavía soy un poco infantil.

—Bueno, eso no es malo —rió el marinero—. ¿Quiere que le

ayude en alguna cosa?

—No, no. Bastará que no se aleje usted de nuevo, para evitar que alguien vuelva a gastarme la bromita.

—Cuenta con ello. ¿Ha encontrado su baúl?

—Sí, si. Iré a cerrarlo.

Se despidieron con un gesto, y Ulysses regresó hacia donde estaban los dos cadáveres, atenta la mirada y el oído..., aunque sabía que ya no debía temer nada. Y se convenció de ello cuando vio la herida del estilete sobre el corazón de Paul. Inmediatamente, un nombre acudió a su mente: Delmer Charlton.

* * *

Delmer Charlton oyó la llamada a la puerta de su camarote, se puso en pie de un salto, y fue a abrir rápidamente. Esperaba ver a Paul y Troy, así que quedó atónito al ver a su visitante.

—¡Pero...! ¿Qué hace usted aquí? —exclamó—. Quedamos en que cuando hubiéramos... ¿Ha ocurrido algo inesperado?

«Snoring» entró, cerrando rápidamente la puerta tras él. Su rostro, aunque inexpresivo, estaba perlado de fino sudor, y su respiración era jadeante; se le notaba más que nunca el ronquido. Su mirada fue hacia la cama, y vio en ésta la instalación de escucha que, por si acaso, había estado atendiendo Charlton.

—Vengo a llevarme eso —dijo, emitiendo un jadeante ronquido.

—¿Se va a dedicar usted a eso? Bueno, por mí no hay problema. Pero podía habérmelo pedido por teléfono, y se lo habría llevado con lo que Paul y Troy me trajeran..., si es que había algo por traer.

—Luego nos ocuparemos de lo otro. Ahora me llevaré eso.

De acuerdo.

Delmer Charlton se volvió, llegó junto a la cama, y se inclinó para recoger el aparato. «Snoring» se colocó tras él, alzó la mano derecha ya con la pistola empuñada, y colocó verticalmente la boca del silenciador sobre la espalda de Charlton. Este hizo un gesto de sorpresa, comenzó a volver la cabeza..., y «Snoring» apretó el gatillo. La bala atravesó el corazón de Delmer Charlton, y lo empujó sobre la cama, donde quedó tendido, cruzado.

Así lo encontró apenas tres minutos más tarde Ulysses W. Campbell.

CAPITULO VII

—No entiendo por qué estás tan nerviosa —dijo Jennifer—: sólo ha ido a enviar un cablegrama.

—Pero hace ya mucho rato —dijo Celia, con voz tensa—. ¡Debería estar de vuelta!

—Querida, pareces una colegiala enamorada —sonrió burlonamente la rubia viuda—. Y no creo que un hombre como Ulysses merezca tanto. En mi opinión... ¿Qué quiere ahora el camarero?

Celia miró también hacia el mostrador, y vio al camarero haciendo señas, con su costumbre de agitar el auricular del teléfono.

—Creo que es para ti —murmuró Celia.

—Eso parece. Voy a ver quién es. Espérame aquí.

Se dirigió hacia el mostrador, y atendió la llamada telefónica. Celia la miraba atentamente. Se dio cuenta de que Jennifer apenas hablaba, y que parecía un tanto irritada. Colgó, y regresó junto a Celia, cuyo interés era evidente.

—Era Ulysses —dijo Jennifer, frunciendo el ceño—. Dice que está en su camarote, y que si todavía estás conmigo le gustaría hablar con las dos. ¡Me pregunto qué está tramando ahora! Pero a decir verdad, no me importa. Ve tú si quieres. A mí no me interesa.

—¿Qué más ha dicho?

—Nada más. No me sorprendería nada que se hubiera inventado alguna... diversión especial. ¿Vas a ir?

—Yo, sí.

—Pues que te diviertas.

Celia se puso en pie, y, despidiéndose apenas con un gesto, se alejó de Jennifer. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿O se trataba simplemente de algún juego a tres, como había sospechado Jennifer?

Llegó rápidamente al pasillo de camarotes de lujo, y cuando se disponía a llamar a la puerta del de Ulysses, éste apareció de pronto, pero no de su camarote, sino de otro. El sobresalto de Celia fue considerable al comprobar que salía del camarote de Delmer Charlton. Ulysses no le dio tiempo a reaccionar de ninguna manera. Se acercó a ella, la tomó de un brazo, y la llevó hacia el camarote de Delmer, en el cual la hizo entrar, cerrando en seguida la puerta.

Celia vio en seguida a Charlton tendido sobre la cama, y se quedó inmóvil, pálida y muda. Estuvo unos pocos segundos así, y luego, lentamente, miró a Ulysses W. Campbell. Respingó al ver la fría y dura mirada de él, en nada parecida a la amable expresión habitual del «divertido» personaje.

—Los otros dos también han muerto —dijo Ulysses.

—¿Qué... qué dos, qué... qué ha pasado...?

En la puerta sonó una llamada con los nudillos, y en seguida se oyó la voz de Jennifer a través de la madera:

—Yo —dijo simplemente.

Ulysses abrió, y la espléndida rubia entró. Cerró, vio el cadáver, y se acercó a él. Apenas lo miró, dedicando en seguida su atención a la impresionada Celia Marshal. Movi6 la cabeza.

—Espero que te des cuenta de lo que esto significa, Celia —dijo.

Celia parpadeó, y miró a Ulysses, que la tomó de nuevo de un brazo, la llevó a sentarse a una silla, y, en menos de un minuto, explicó lo sucedido en la zona de carga, con una precisión y concisión que dejó at6nita a la obesa actriz.

—Luego, cerré los ataúdes, metí a los dos amigos vuestros en un baúl que ya teníamos preparado cerca por si ocurría algo así, guardé también sus cosas y sus armas, en fin, lo recogí todo, y vine aquí, porque sabía que el tal Charlton —señaló el cadáver— era quien les había proporcionado las llaves de los ataúdes, de nuevo en mi poder. Y lo encontré así. Ahora, Celia, dinos: ¿quién os ha estado dirigiendo en todo esto? ¿Cómo se llama y en qué lugar del barco podemos encontrarlo?

—No sé nada... ¡Nada! Para mí todo esto es...

—Celia: no me obligues a ser desagradable. Es absurdo. Puedo amordazarte y atarte, y en cuestión de segundos hacerte desear la muerte. Vamos, no seas estúpida. ¿Quién os está dirigiendo?

—No lo sé —bajó la cabeza Celia de pronto—. De verdad que no lo sé. Sólo lo sabía Delmer. El nos daba las órdenes a Paul, Troy y a mi, y era el único que sabía lo que me preguntas.

... —Yo me inclino a creer que dice la verdad —dijo Jennifer—, Pero sin duda sí debe tener una idea del asunto en el que está trabajando. ¿No es así, Celia?

—Bueno, yo... sólo sé que se trata de dólares.

—¿De dinero? —mostró incredulidad y decepción Jennifer.

—Bueno, de dólares... De contrabando de dólares. Delmer y yo hablábamos a veces de ello, éramos... auxiliares en todo el negocio. Se trata del trasiego de dólares desde Estados Unidos a Europa, en grandes cantidades, para venderlos en el mercado negro.

—Eso es una ridiculez —masculló Ulysses.

—No lo veo yo así —le miró asustada Celia—. Era mucho dinero el que se manejaba, muchísimo. Y siempre, utilizando diplomáticos, no sólo norteamericanos, sino de toda Europa. Delmer decía siempre que era el tráfico más importante de

dólares que jamás se hubiera organizado. Arnold Griffin y Wilbur Kechtman formaban parte de la red. Ultimamente pidieron más dinero por sus servicios, y como se les dijo que eso no podía ser amenazaron con contarle todo en Washington. Supongo... que creyeron que eso obligaría a los directores de la red a pagarles más dinero, pero pronto comprendieron que se habían equivocado, y entonces fue cuando temieron por sus vidas y decidieron huir.

—Es decir, que querían pasar desde Inglaterra a Europa.

—Sí... Claro.

—O sea —intervino de nuevo Jennifer—, que no iban a ningún hotel cerca de Dover a pasar el fin de semana, sino que, efectivamente, estaban huyendo. ¿Y quiénes los mataron?

—Todo lo prepararon Delmer y los otros dos.

—Pero dirigidos por otra persona, que ahora está actuando a la desesperada. Ha comprendido que ya no va a tener acceso a los ataúdes, y ha eliminado a los tres hombres que podían comprometerle. Es decir, ha eliminado a dos, ya que fui yo quien mató al otro —dijo Ulysses—. Pero él estaba allí, estaba esperando, vigilando, por si algo salía mal. Y en cuanto vio que así era lo que hizo fue clavarle un estilete a su «amigo» sobreviviente en el corazón, y en cuanto pudo escapar de mí vino aquí a matar a Charlton... Debía desconfiar de mí, de nosotros —señaló a Jennifer—. Ahora ya sabe que nosotros sabíamos que nos habíais colocado micrófonos, y que lo que hablábamos estaba siempre destinado a tenderos una trampa. ¿Y sabe., qué va a ocurrir a partir de ahora en este viaje, Celia?

—¿Qué... qué va a ocurrir?

—Pues que ninguno de nosotros tres estaremos seguros. En cualquier momento y lugar podemos ser asesinados. Quedan casi cuatro días de viaje. ¿Te das cuenta del enorme riesgo que vamos a correr si no localizamos a ese hombre? Tú incluida, eso está claro.

—¡Pero si yo no le conozco!

—Tampoco lo conocían los otros dos, y mató al que tal vez yo habría podido capturar con vida. Entiéndelo: ninguno de nosotros estará a salvo mientras ese hombre ande suelto por el barco. Si sabes quién es y no nos lo dices tu vida peligra tanto como la nuestra.

—No sé quién es —se puso casi histérica Celia—, ¡Debe ser alguno de los jefes de la red de tráfico de dólares, pero no sé quién es! ¡Lo juro!

—Pues en ese caso...

—Estoy recordando algo —murmuró Jennifer—. Algo referente

a la fuga que estaban realizando mi marido y Kechtman. ¿Seguro que huían, Celia? Es lo que Ulysses me dijo, desde luego, y tú también lo has dicho. Pero pregunto: ¿seguro que huían?

—¡Claro que sí! ¿Qué otra cosa podían hacer?

—Denis Grover, el secretario de mi marido, que acudió a recibirme al aeropuerto, me dijo que todos creían que Arnold Griffin y Wilbur Kechtman iban a un tranquilo hotel cerca de una localidad llamada Barham. Y en efecto, esa localidad está camino de Dover desde Londres. Y en esa ruta fue donde los dos fueron asesinados. Me pregunto: ¿tiene sentido que mi marido le dijera a su secretario que se iba con Kechtman hacia Dover? No tenía por qué decirle nada, si estaba huyendo. O en todo caso, por si alguien le preguntaba a Denis Grover, lo lógico habría sido que le dijera que iba en cualquier otra dirección, no en la verdadera.

—No sé... lo que quieres decir —la miraba con los ojos muy abiertos Celia.

—Yo sí —murmuró Ulysses—. Griffin no le dijo nada a su secretario. Pero éste recibió instrucciones para decir lo que dijo. Y ello, para que se restara importancia a la muerte de Griffin y Kechtman. Había que intentarlo todo, y uno de los medios era decir que iban a pasar un tranquilo fin de semana, no que huían. Entre esto, y la lógica de que Griffin no debió decirle nada a nadie, ni siquiera a su secretario, la cosa está clara: Denis Grover recibió instrucciones sobre lo que tenía que decir. O sea, que él también forma parte de la red. ¿Es eso lo que querías decir, Jenny?

—Exactamente —asintió ésta.

—Entonces, tendremos que ocuparnos más adelante de Denis Grover... Pero mientras tanto, tenemos en este barco a un asesino que no vacila ante nada, y al que no conocemos. No me hace ninguna gracia estar a merced de ese tarado.

—¿Por qué lo llamas tarado? —se sorprendió Jennifer—. ¿Quieres decir que está loco?

—Nada de eso. Pero tiene algo... algo peculiar. Mientras estábamos los dos en la zona de carga le oí un par de veces emitir algo así como ronquidos, como si tuviera algo mal en la nariz o en la garganta. Creo que debe ser algún defecto físico. O eso me pareció... ¿Qué te ocurre?

Jennifer Griffin se había erguido vivamente, como sobresaltada. Miró a Ulysses como alucinada.

—¿Como si estuviera resfriado? —exclamó.

—Sí, podría ser algo parecido a...

—¡John Wellington! —casi gritó Jennifer—, ¡El hombrecillo de las fotos cuyo nombre te indiqué, y que averiguaste que está en el

camarote 166! ¡El que estaba resfriado!

Ulysses apretó un instante los labios antes de murmurar:

—No, no estaba resfriado... Es alguna dolencia crónica en la laringe o en la nariz. Pero no importa. Vosotras vais a quedaros aquí. ¿Has comprendido la situación, Celia? ¿Has comprendido que ese hombre querrá matarte también a ti?

—Creo... creo que sí.

—Entonces, quedaros en este camarote. No creo que se atreva a volver por aquí, pero si lo hiciese no os buscaría en el camarote de un hombre al que ha matado, ni se le ocurrirá esto. ¿Alguna de vosotras sabe manejar una pistola?

—Yo no —respingó Celia—. ¡Yo sólo hacía cosas que no...!

—Yo he ido algunas veces a cazar con amigos, en Francia —dijo Jennifer—. Pero con escopeta, claro, no con pistola.

—Algo es algo.

Ulysses se acercó a Delmer Charlton. Le quitó la pistola de la funda axilar, y se la entregó a Jennifer, que la tomó con visible indecisión.

—Tal vez pueda disparar con ella —murmuró—, pero... no creo que me atreva a hacerlo contra una persona.

—Ni siquiera tendrías que hacer eso. Voy a cerrar la puerta, y cuando regrese me anunciaré antes de abrirla. Como además voy a colocar el cartelito de No Molesten, nadie vendrá, nadie pretenderá entrar. Pero, si así fuese, simplemente dispara contra la puerta, sin complicarte la vida. ¡Crees que podrás hacerlo, Jenny?

—Eso sí..., espero.

—Bien —Ulysses miró a Celia con el ceño fruncido—. En cuanto a ti, tú verás lo que haces: viva conmigo o muerta con ese Wellington.

Ulysses abandonó el camarote, sin más, llevándose la llave. Las dos mujeres oyeron girar la cerradura. Y eso fue todo. Jennifer miró la pistola que tenía en la mano, y luego a Celia, que retrocedió un paso.

—¿Qué... qué estás pensando? —exclamó.

—Estoy pensando que de buena gana te metería una bala en esa barrigota de ninfa gorda. Pero no vale la pena: nadie aceptaría que te hubiese matado por celos. Maldita gorda repugnante... ¡Para una vez que me gusta de verdad un hombre apareces tú y te lo llevas a la cama!

—Pe... pero a él le... le gustas tú... ¡Me lo dijo, me dijo que tú le gustas muchísimo!

—¿De veras? —sonrió Jennifer—, Bueno, ya veremos si es verdad. Y no me refiero a gustarle para hacer lo que hizo contigo, que eso no tiene mayores complicaciones. Lo que me pregunto es si a Ulysses le parecerá bien dedicar en exclusiva sus atenciones a una viuda. ¡Qué digo viuda...! ¡Viudísima! Hace años que no... Bueno, ¿por qué tengo que hablar de esto ahora?

—Quizá porque te has enamorado de verdad de Uly..., y temes que lo puedan matar.

Jennifer palideció, y se quedó mirando fijamente a Celia, que era gorda, pero no tonta. Nada tonta. Porque, efectivamente, en aquel momento lo único que preocupaba realmente a Jennifer Porter era lo que pudiese ocurrir entre John Wellington, un asesino, y el simpático Ulysses W. Campbell.

* * *

Pero no ocurrió nada, por la sencilla razón de que Ulysses no encontró a Wellington en su camarote, en el que entró utilizando una ganzúa para abrir la puerta.

No había allí dentro nadie ni nada. Es decir, había unas pocas ropas, objetos de aseo, un par de libros comprados en el barco, y nada más. Por un momento, Ulysses estuvo tentado de esperar el regreso de Wellington, pero comprendió en seguida que éste no iba a regresar. También debía estar utilizando el viejo truco de los dos camarotes. Simplemente, como él mismo, John Wellington viajaba con dos personalidades, y a partir de ahora utilizaría la otra, la de cobertura. Y hasta quizá tuviese más trucos, como, por supuesto, presentar una apariencia física muy diferente.

Y con todo esto, Ulysses extrajo la conclusión de que John Wellington era algo más que un simple y vulgar contrabandista de dólares. Repasando toda su actuación y su facilidad para matar y escabullirse, la conclusión sólo podía ser una: John Wellington era un espía de primerísima categoría.

Y Jennifer no lo sabía.

Ulysses descolgó el auricular del teléfono del camarote, y pidió comunicación con el camarote F de la clase de lujo. Obtuvo respuesta inmediata.

—¿Sí? —sonó la vacilante voz de Jennifer.

—No está. Ni volverá por aquí, estoy seguro. Voy para ahí en seguida, pero ten mucho cuidado: ese hombre es más peligroso todavía de lo que pensaba, Jenny, no te descuides ni siquiera con Celia.

—Sí... Entiendo. ¡Vienes ya?

—Ahora mismo.

Ulysses colgó el auricular.

* * *

En el camarote F de la clase de lujo, Jennifer colgó el auricular, sin dejar de mirar a Celia Marshal, que la miraba con expectación.

—¿Era Uly? —preguntó la gorda.

—Sí. Viene en seguida. No ha encontrado a Wellington...

¿Adónde vas?

—Al cuarto de baño —la miró sorprendida Celia—. ¿Qué te pasa? ¿Temes que te haga algún daño? ¡He comprendido muy bien que me conviene más estar de vuestro lado! Un hombre que mata a sus propios amigos no es de fiar, ¿no te parece?

—Sí. Pero no quiero que vayas ahora al cuarto de baño. No te muevas de ahí hasta que regrese Ulysses.

Celia la miró con incredulidad y, de pronto, sonrió cariñosamente empezando a caminar hacia Jennifer.

—Pero, querida, no comprendo tu modo de...

—¡No te acerques!

Ya era demasiado tarde. Celia se había acercado lo suficiente para, de pronto, con una agilidad inesperada, saltar hacia Jennifer, que no tuvo tiempo de nada. La regordeta mano izquierda de Celia sujetó la muñeca derecha de Jennifer, los enojados dedos se cerraron como si fuesen una argolla de acero, y al instante la pistola fue apartada, desviando la trayectoria de las balas que pudieran ser disparadas. La otra mano de Celia, igualmente fuerte, asió los rubios cabellos de la viuda, obligándola a echar la cabeza hacia un lado, torcido el cuello.

—Si das un solo grito —jadeó Celia— te parto el cuello, querida.

Jennifer no se movió ni un milímetro. Sus azules ojos, muy abiertos, se fijaron en los de Celia, y se estremeció.

—Y ahora ¿qué? —susurró Celia—. ¿Qué me dices ahora, guapita? Ya verás: mueve sólo una pestaña, o intenta atacarme con la mano que tienes libre, y te partiré el cuello como si fuese un mondadientes. ¿Creías que iba a ser tan tonta de esperar a ver qué hacíais conmigo? Pues te diré lo que voy a hacer: te voy a romper el cuello tirando de tus bonitos cabellos rubios, y cuando estés bien muertecita cogeré la pistola, esperaré a Uly tranquilamente, y en cuanto aparezca por esa puerta le meteré una bala en el corazón. «Snoring» estará muy contento de mí, como siempre. Porque no es la primera vez que él y yo trabajamos juntos, ¿sabes? Ni siquiera ese pobre tonto de Delmer sabía con quién estaba tratando.

—¿Quién... quién es «Snoring»?

—Oh, ése es uno de sus nombres. «Snoring», John Wellington, y mil más. Pero el que más me gusta es el de «Snoring», porque es muy apropiado para él, claro, por eso de la nariz. Es como si roncase. Pero eso no le impide ser uno de los mejores hombres del espionaje ruso... ¡Yo creo que es el mejor de todos!

—No creo... que sea bastante para enfrentarse a Ulysses...

—¡Pobre y tonta bastarda! —rió quedamente Celia—. ¡Tu

Ulysses no es nadie comparado con «Snoring», ¿te enteras? ¡Nadie!

—No creo nada... de lo que estás diciendo. Si es ruso, ¿cómo se llama realmente? ¡Dime un nombre ruso, convénceme!

—Eres una pobre cretina. ¡A ti voy a decirte el nombre auténtico de «Snoring»! ¡Idiota! Todo lo que voy a hacer contigo es matarte. Y me va a complacer mucho hacerlo, por ser tan asquerosamente atractiva, con tu maldito cuerpo de jovencita escultural...

—Celia, tú también podrías... podrías tener un cuerpo como el mío si... si te cuidases debidamente. Yo podría decirte...

—¿Con quién te crees que estás tratando? —casi gritó Celia—. ¿Con una imbécil? ¿Crees que vas a hacer tiempo con tu estúpida charla para que llegue tu guapísimo Ulysses? ¡Pues no, porque...!

Realmente, eso era lo que había intentado Jennifer, porque había visto, de pronto, cómo la puerta del camarote comenzaba a abrirse, a espaldas de Celia, y pensó que era Ulysses quien llegaba, y que, al oír las voces excitadas de ambas, tomaba todas las precauciones para sorprender a Celia. Pero la sorprendida fue Jennifer cuando, al terminar de abrirse de pronto y silenciosamente la puerta, apareció la menuda figura de John Wellington, pistola en mano.

Jennifer no pudo reprimir un gritito de espanto, y sus ojos se desorbitaron. Celia se quedó con la palabra «porque» en la boca al captar la expresión de Jennifer. Se volvió vivamente, y entonces lo primero que vio fue la luz del camarote reflejándose en los lentes de «Snoring», como rayos de sol en un espejo.

Luego, recibió el primer balazo justo en el corazón, y todo su corpachón tembló violentamente, fue sacudido y empujado por la bala hacia un rincón del camarote.

Jennifer Porter jamás sabría cómo pudo hacer lo que hizo. Como una autómatas, apenas quedó libre su mano derecha la alzó, apuntó a «Snoring», y apretó el gatillo. «Snoring», que se disponía a apuntarla a ella, emitió un fortísimo ronquido, y saltó hacia atrás, buscando instintivamente la protección de la puerta. Como alucinada, Jennifer volvió a disparar, ahora contra la puerta. A ésta sí la acertó. La primera bala había ido a parar al techo, pero la segunda dio en un lado de la puerta, la astilló, y se fue a un rincón, donde rebotó con agudo tañido. Todavía disparó otra vez, y de nuevo la bala fue al techo..., pero afuera, con más claro sonido que los disparos efectuados con silenciador, oyó las precipitadas pisadas de «Snoring» alejándose.

Por un momento, la preciosa viuda no supo qué hacer. Tenía la mente en blanco, y la pistola oscilaba de un lado a otro en su

temblorosa mano. De pronto, corrió hacia la puerta, la empujó cerrándola con tremendo golpe, y luego corrió hacia un rincón del camarote, donde se arrodilló y se quedó mirando aterrada hacia la puerta, con la pistola de nuevo apuntando más o menos hacia allá.

—Dios mío —sollozó—. ¡Oh, Dios mío!

La pistola parecía pesar una tonelada, pero no la dejó, continuó creyendo apuntar hacia la puerta, hasta que, un par de minutos más tarde, oyó tras la madera la voz crispada de Ulysses W. Campbell:

—¡Jenny! ¡Jenny, contéstame! ¿Estás bien?

Jennifer movió los labios, pero no pudo decir nada. Vagamente, estaba comprendiendo que Ulysses había visto el destrozo en el borde de la puerta, y que había comprendido que algo había sucedido en el camarote,.

—¡Jenny, soy yo!

Jennifer se puso en pie, fue hacia la puerta, y la abrió. Gritó al ver de pronto la pistola ante su rostro y, tras ella, el crispado rostro de Ulysses. Este guardó rápidamente el arma, entró empujándola, y tras cerrar rápidamente la puerta la abrazó. Estaba lívido.

Jennifer Porter rompió a llorar, dejó caer la pistola, y se abrazó a Ulysses W. Campbell.

—Tranquilízate —murmuró éste—. No va a ser fácil que alguien consiga vernos felices en nuestro ataúd. Vamos, Jenny, tranquilízate.

Ella alzó el rostro inundado de lágrimas, y sus labios comenzaron a temblar. Ulysses tuvo una buena idea: los besó.

Y en el acto dejaron de temblar.

CAPITULO VIII

Seis días más tarde, dentro de la Embajada de los Estados Unidos, Denis Grover recorría los pasillos en dirección al despacho del embajador, adonde había sido llamado por éste. Denis Grover estaba hecho un lío, no sabía a qué atenerse, pero sí había una cosa que tenía bien clara en la mente: tenía que hacer vida normal, comportarse como si nada estuviera ocurriendo. Y quizá era así, quizá nada estuviera ocurriendo que significase peligro para él. En cualquier caso, lo último que debía hacer era perder los nervios.

Así que, cuando tras solicitar permiso, entró en el despacho del embajador, estaba tranquilo, al menos aparentemente. Y en seguida, se sorprendió. En aquel despacho que tan bien conocía no estaba el embajador de los Estados Unidos en Londres, sino un desconocido.

—Pase y siéntese, Grover —dijo el desconocido.

De nuevo se sorprendió Denis Grover. El estaba viendo a un sujeto de unos sesenta y tantos años, alto, algo encorvado de hombros, con una hermosa y atractiva cabellera blanca..., pero la voz no correspondía a esta imagen, la voz correspondía a un hombre mucho más joven.

—¿Quién es usted? —murmuró—. ¿Dónde está el señor emb...?

—Ha ido a orinar —sonrió el desconocido—. Los embajadores y gente así también orinan, ¿sabe? Vamos, siéntese frente a mí, y hágase cuenta de que soy el embajador. Estoy en su sillón, ¿no es así?

—Voy a llamar a...

—No sea estúpido. ¿No ha comprendido todavía que su juego ha terminado? Puede llamarme Campbell, y métase en la cabeza que soy diplomático, como usted, sólo que especialista en investigaciones. Y usted ha sido investigado después de analizar ciertos detalles. Investigado por mí y por mis compañeros del servicio especial del cuerpo diplomático de los Estados Unidos. ¿Lo ha entendido bien?

Denis Grover tragó saliva, asintió, y se sentó en el sillón indicado.

—Usted no es un hombre anciano —murmuró.

—No. Soy tan joven como usted, pero más guapo, y sobre todo más honrado. El disfraz no es en su honor, sino en el de «Snoring», para que no me viese entrar a mí con mi verdadero aspecto en la embajada. Me parece que le suena el nombre de «Snoring», porque ha palidecido. ¿Y el nombre de John Wellington, le suena también? Ya veo que sí, y eso me satisface,

porque demuestra que sabe de qué le estoy hablando. Y también me satisface encontrarlo con vida.

—¿Qué... qué quiere decir?

Ulysses W. Campbell movió la cabeza.

—Usted es hombre condenado a muerte, Grover, y todo ello porque «Snoring» es demasiado listo, y tiene que haber comprendido que tarde o temprano nos llamará la atención con ese asunto de Griffin y Kechtman. Lo que no debe saber «Snoring» es que usted *ya cometió* hace días el error que nos ha puesto sobre su pista, y que me ha impulsado a regresar aquí apenas llegar a Nueva York. Tengo la esperanza de haberme adelantado a «Snoring», creo que él todavía tardará J horas o quizá un par de días en poder regresar. Mientras tanto, aprovechando que está usted vivo, charlaremos.

—¿Usted cree... que «Snoring» querrá... matarme?

—Por supuesto. Igual que mató a *tres* de sus colaboradores en el barco. Y usted está todavía vivo porque «Snoring» no se atrevió a enviar un cablegrama desde el barco a sus amigos de aquí. Tampoco se atrevió a molestarnos más a mí y a mis amigos, incluso dejó a Kechtman y Griffin definitivamente felices en su ataúd. No hizo *nada*. Terminó el viaje bien camuflado de modo que no hubo manera de localizarlo bajo su otra personalidad y, en estos momentos, está a punto de llegar. Seguro. No moverá a nadie, lo hará él solo todo lo que haya que hacer. Naturalmente, usted no sabe nada de lo ocurrido en el «Viking», ¿verdad?

—No... No sé nada.

Ulysses asintió de nuevo y, rápidamente, pero con toda precisión, puso al corriente a Denis Grover, que le miraba con los ojos muy abiertos. Al terminar la explicación, Ulysses se quedó mirándolo fijamente, hasta que Grover murmuró:

—¿Y qué... pretende usted de mí, Campbell?

—Los traidores siempre me provocan una cierta... fascinación. Nunca los he comprendido, nunca. Pero, en fin, hablemos del asunto de los dólares, de momento. ¿Está usted mezclado en eso?

—Sí... Sí.

—Bien. Le diré ahora otra cosa: mientras yo volaba de regreso a Londres los cadáveres de Griffin y Kechtman fueron sometidos a la autopsia en Nueva York, a toda prisa. Dentro del estómago de Kechtman hallaron una cápsula que contenía un microfilme de una serie de páginas escritas a mano relacionando un total de ciento catorce nombres de personas algunas de las cuales fueron rápidamente identificadas, puesto que pertenecen al cuerpo diplomático de los Estados Unidos en Europa. Me enviaron un cable al avión informándome de ello, y contestando

afirmativamente a mi pregunta expresa de si el nombre de usted aparecía en alguna parte. Además de los nombres norteamericanos había otros, muchos, pero éstos europeos... ¿Todos esos nombres corresponde también a diplomáticos, Grover?

—Sí, todos.

—¿Todos ellos están relacionados con ese absurdo tráfico de dólares?

—Sí.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? No comprendo.

—Les pagaban a ustedes muy bien por ese tráfico, ¿no es cierto?

—Sí. Sí, espléndidamente, ésa es la verdad.

—¿Sólo por traficar en dólares?

—¿Qué otra cosa? —desvió la mirada Grover.

—Dígame usted. Dígame qué otra cosa había para que Griffin y Kechtman, al descubrirla o recibir la proposición de trabajar en ella además de en esa tontería de los dólares, decidieran cortar con todo este asunto y escapar, sin perder más tiempo que el destinado a escribir a mano una lista de nombres y microfotografiarla. Se asustaron de tal modo que prefirieron escapar solos antes que pedir ayuda, por temor a ser localizados y asesinados. Nada de pedir más dinero. Ellos descubrieron algo más aparte del tráfico de dólares. Y cuando supieron de qué iba realmente el asunto se asustaron tanto que decidieron huir secretamente al continente, para desde allí, posiblemente, ponerse en contacto con la CIA. Y por si les ocurría algo, idearon lo del microfilme, para que la CIA lo encontrase. Sólo que «Snoring», pese a su defecto nasal, tiene muy buen olfato, se olió lo que ocurría, y en todo momento ha estado intentando por todos los medios recuperar esa información que él intuía que habían preparado Kechtman y Griffin. No lo ha conseguido, el microfilme lo tenemos nosotros, y usted está vivo... para conversar conmigo. , Entiendo que ha comprendido que le conviene más hacerlo, Grover.

—Sí, lo he comprendido.

—Muy bien. ¿Qué descubrieron Griffin y Kechtman aparte de eso de los dólares?

—Bueno, no es que lo descubrieran —Grover se pasó la lengua por los labios—. Lo supieron cuando se les hizo la proposición basada en el chantaje.

—Hablemos de eso —murmuró Ulysses.

—Primero... nos proponían ganar unas buenas cantidades con el

asunto del tráfico de dólares. Algunos aceptábamos, otros no. Kechtman, Griffin y yo fuimos de los que aceptamos. Luego, cuando... cuando ya estábamos muy comprometidos en eso, nos hacían la verdadera proposición, presionándonos, haciéndonos entender que si no aceptábamos nuestros respectivos gobiernos serían informados de que nos habíamos dedicado al tráfico de dólares. Ese es el sistema empleado con todos los diplomáticos.

—¿Cuál era, en definitiva, la verdadera proposición?

—Espionaje.

—Me lo temía —torció el gesto Ulysses—, sobre todo, claro, sabiendo lo que Celia Marshal le dijo a Jennifer. Ciento catorce diplomáticos norteamericanos y europeos trabajando para la KGB es un bocado exquisito. ¿Entiendo que usted aceptó también eso?

—Sí —apenas alentó Grover.

—De acuerdo. Ha estado pasando información a los rusos. Eso es... corriente ya, créame. ¿Conoció a «Snoring», sabe dónde se le podía hallar en Londres o en cualquier otro lugar?

—No. Ni siquiera sé cómo es. Le oí mencionar un par de veces, pero yo siempre trataba con otros agentes.

—Ya sé. Incluso con gente como Charlton y Celia... Le creo. Bien, ya tenemos ciento y pico de diplomáticos sirviendo al espionaje soviético. Pero, Denis, ¿para qué cosa concreta? ¿Qué planes concretos tenía «Snoring»? ¿En qué pensaba utilizarlos a todos *de verdad* llegado el momento?

—¿Qué? —se pasmó Grover.

—«Snoring» no estaba haciendo esa recluta de diplomáticos porque sí, de modo vulgar. Tenía que estar preparando algo muy grande, basado en la utilización de esos diplomáticos. ¿Qué es ello?

—Le aseguro... que no tengo ni la menor idea. Para mí todo se reducía a... a simple y vulgar espionaje, de ese... insignificante, prácticamente inofensivo.

—Pues eso le va a costar a usted un montón de años de cárcel —le espetó secamente Ulysses—. Pero tiene que haber algo más, algo en lo que «Snoring» debía llevar años trabajando. Y yo quiero saber de qué se trata.

—Pues aunque me mate no podría decírselo, porque eso no lo sé. Ni tengo la menor noticia o rumor al respecto. Si algo hay de cierto en todo eso, sólo «Snoring» lo sabe. Ya le digo que yo ni siquiera hablé nunca con él.

Ulysses W. Campbell se quedó mirando fijamente a Denis Grover, y estuvo así casi un minuto. Por fin, sonrió perversamente.

—Grover: usted nos va a servir de cebo para cazar a «Snoring».

—¿Qué quiere decir? —palideció intensamente Denis Grover.

—Sé que «Snoring» querrá matarlo, de modo que... vamos a darle toda clase de facilidades. Y usted será el cebo.

* * *

El hombre de mediana estatura y más bien obeso que esperaba dentro de un automóvil oscuro, vio llegar otro automóvil, qué se detuvo cerca del edificio donde vivía Denis Grover. El conductor se apeó, cerró el coche, y se dirigió hacia el edificio, en el cual entró. Poco después, en dos ventanas del tercer piso se encendía la luz. Correcto: apartamento del tercer piso.

No obstante, el hombre todavía quiso asegurarse. Puso el motor en marcha, maniobró, y segundos después pasaba junto al automóvil recién llegado. La iluminación de la calle era buena, no tuvo dificultad en ver la matrícula del coche. No era diplomática, pero sí era la que correspondía al automóvil particular de Denis Grover.

Perfecto.

El hombre se alejó, rodeó lentamente la manzana, mirando a todos lados. Cuando terminó la vuelta no había visto nada sospechoso. Se estacionó en el mismo sitio de antes, salió del coche, y fue a la cabina de teléfonos instalada cerca de la esquina. Se metió dentro y llamó. Recibió respuesta casi en el acto.

—¿Sí? Diga.

—¿Grover?

—Sí, soy yo.

—¿Acaba usted de llegar?

—Sí... ¿Quién habla?

—Ha regresado muy tarde a casa.

—Oiga, ¿quién demonios es usted y qué quiere? ¿Qué le cuente mi vida sexual?

—Tranquícese. Soy un amigo de usted... Digamos que desde hace tiempo le estoy dando a ganar un buen puñado de dólares. ¿Me comprende?

—No.

—Perfecto —rió quedamente el otro—. Sé que sí me entiende. Ahora, escuche bien: cabe la posibilidad de que dentro de unos días alguien le moleste con preguntas, y yo quiero que usted tenga las respuestas. Todavía podemos intentar salvar algo, y usted va a ayudarme. Por el bien de los dos, Grover, usted me entiende.

—Tal vez... ¿Qué tiene que decirme?

—Por teléfono, no. Le estoy esperando frente a su casa.

Salga dentro de medio minuto exactamente, y camine rodeando la

manzana. Le recogeré con el coche, y hablaremos con tranquilidad. ¿De acuerdo?

—¿Quién es usted? —se notó el titubeo de Grover.

—Ya lo sabrá. Tal y como están las cosas voy a necesitar un hombre de máxima confianza, y ése deberá ser usted. Salga dentro de medio minuto.

El hombre obeso colgó, salió de la cabina, y regresó lentamente hacia el coche. Todavía no había llegado a éste cuando vio aparecer en el portal a Grover, mirando a todos lados. Como si no lo viera, el hombre obeso continuó caminando, pasando de largo junto a su coche. De soslayo, vio a Grover alejarse del portal, y al poco doblar la esquina. Regresó a toda prisa al coche, se metió dentro, y lo puso en marcha.

Segundos más tarde, pasaba junto a Grover, que miró el automóvil. El obeso ni siquiera miró a Grover. Continuó circulando, alejándose de él. Dio la vuelta a la manzana, y pasó de nuevo junto a Grover, que continuaba mirando hacia la calzada. Apareció un gesto de desconfianza en el rostro de Denis Grover. El obeso frenó, y abrió un poco la portezuela.

—Venga, Grover —llamó suavemente.

Este asintió, bajó a la calzada, rodeó el coche, y se sentó junto al obeso, que reanudó la marcha, y le miró amablemente. Parecía un bonachón y simpático tendero.

—¿Ha estado con una chica esta tarde? —sonrió.

—Esta tarde, no —dijo con cierta socarronería Grover—, pero el resto del viaje con Jennifer fue de lo más formidable y maravilloso. ¿Cómo está usted, «Snoring»?

Este había respingado y, por instinto, había frenado. Pero no consiguió que la pistola que de pronto había aparecido en la diestra de Grover dejara de apuntarle ni una milésima de segundo. El obeso se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Denis Grover.

—¿Quién es usted? —exclamó.

—Vaya, veo que no soy yo solo quien pregunta cosas tan tontas. Y me halaga su pregunta, «Snoring», porque demuestra que no es usted el único que sabe disfrazarse, ni cambiar la voz. Vamos, demuéstreme lo listo que es y dígame quién soy.

—Campbell —susurró el otro.

—El mismo que viste y calza —con la mano izquierda, Ulysses se quitó la peluca y el bigote, y se enderezó—: Su enemigo en la refriega de los ataúdes, señor Wellington. Fueron unos emocionantes momentos en la oscuridad, ¿no está de acuerdo? Todo ha sido emocionante con usted... hasta ahora. Pero el juego terminó. Y muy mal para usted, porque Celia era muy charlatana: creo que Moscú se va a quedar sin uno de sus mejores hombres. ¿Seguimos conversando

aquí o prefiere un lugar más cómodo?

—Señor Campbell —sonrió «Snoring» de pronto—, usted, en el fondo, me cae bien. Es valiente y listo. Pero todavía demasiado joven para enfrentarse a hombres como yo. ¿No pensó en eso?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, mi joven amigo, que si usted ha hecho su comedia yo he hecho la mía, simulando creerme que el hombre que llegaba era Denis Grover. Eso ha sido insultante para mí, de veras.

—¿Quiere decir que sabía que no era Grover quien llegaba?

—¡Por supuesto! El pobre Grover debe estar detenido e incomunicado, y todo eso. ¡Vamos, señor Campbell...! ¿Por quién me ha tomado? Sabía lo que un joven tan inteligente como usted intentaría, que vendría sólo a tenderme esta burda trampa... Y me dije: puesto que todo está perdido, y ya no podré llevar nunca adelante mi plan de los diplomáticos, al menos tendré el muy personalísimo placer de matar al apuesto señor Campbell. ¿De verdad no se le ocurrió que podía suceder esto, mí joven amigo?

—No soy amigo de usted —dijo secamente Ulysses—. Y soy yo quien está controlando la situación.

—¿De verdad lo cree así? Bueno, voy a demostrarle lo contrario...

—¡Deje las manos sobre el volante!

—Claro que no, mi joven amigo. Voy a sacar mi pistola, y le voy a hacer papilla a balazos. Será todo un placer.

—¡Deje las manos quietas o...!

Pero «Snoring» no dejó las manos quietas. Movi6 la derecha hacia la axila izquierda, la metió bajo la ropa... Ulysses presionó la boca de su pistola contra el costado de «Snoring», y apretó el gatillo.

Ocurrió una cosa curiosa: sintió como si algo rebotase. «Snoring» respingó, pero, aparte de eso, terminó de sacar su arma... Ulysses volvió a disparar y, precisamente mientras lo hacía y sentía de nuevo aquella sensación como de rebote, o de rechazo, comprendía, súbitamente aterrado, la verdad de la jugada de «Snoring»: éste no sólo llevaba rellenos en el vestuario, sino que, bajo la ropa, llevaba un chaleco antibalas o quizá una prenda que protegía todo su torso, posiblemente de fibra de titanio, o cualquier material moderno y sofisticado...

¡Y la pistola de «Snoring» estaba ya orientándose hacia su cabeza!

Ni siquiera tenía tiempo de subir su arma para dispararle a «Snoring» a la cabeza. Todo lo que pudo hacer fue soltar su pistola, y lanzar las dos manos al encuentro de la de «Snoring». Aferró la muñeca, y la mantuvo en alto, de modo que la pistola

apuntó al techo del coche. «Snoring» rió, quiso desasirse de un tirón, y al comprobar que no podía, masculló una maldición en ruso, giró más hacia Ulysses, y le lanzó un cabezazo a la frente. Ulysses tuvo la sensación de que una bomba explotaba en su cabeza, y supo que su ceja derecha se había abierto debido al tremendo impacto, en el que había llevado sin duda la peor parte, al no esperarlo. Todavía casi aturdido, recibió otro en el mismo sitio, y esta vez saltó un chorro de sangre.

¿Cómo era posible que aquel hombre, físicamente inferior a él, pudiese hacerle frente con tanta eficacia, con tanto salvajismo, con aquella fiera escalofriante? Dolorido, sangrando, y espeluznado por la decisión de matar de «Snoring», Ulysses decidió terminar la pelea por la vía rápida: soltó una mano, cerró el puño, y cuando se disponía a aplastarle la cara a «Snoring» de un puñetazo, éste apretó el gatillo de la pistola.

Se oyó el apagado «plop», la bala hizo vibrar todo el coche al dar en el techo y, en seguida, la cabeza de «Snoring» se estremeció fuertemente y se convirtió en un surtidor de sangre y cabellos que salpicaron a Ulysses y todo el interior del coche.

«Snoring» se relajó súbitamente, quedó blando como un muñeco.

Y Ulysses Washington Campbell se quedó mirándolo sin comprender, desorbitados los ojos.

—¡Qué horror! —exclamó Jennifer.

—Sí —admitió Ulysses—, No fue agradable.

—Pero... ¿qué le hiciste para que su cabeza explotara de aquel modo?

—¿Yo? —gruñó Ulysses—. ¡Nada! ¡Todo se lo hizo él solito! La bala que disparó rebotó en el techo, se convirtió en una flor de plomo, y le reventó la cabeza desde el mismísimo centro. Y como allí no llevaba protección aparte del pelo...

—¡No quiero hablar más de eso! —decidió Jennifer—, ¡Si has venido a Cannes a hablarme de esas cosas, ya puedes marcharte!

—Mujer, bien tenía que decirte cómo acabó todo con «Snoring», y que los diplomáticos contrabandistas-espías han sido puestos a buen recaudo, incluido tu «simpático» Denis..., el cual, entre otras cosas, me dijo que tú te le habías insinuado.

—¿Yo? —Jennifer se echó a reír—, ¡Le estaba tomando el pelo!

—¡Seguro?

—Escuche usted, señor diplomático-espía, investigador o lo que demonios sea —se indignó Jennifer, sentándose de golpe en la cama, y ofreciendo todo el esplendor de su desnuda belleza a los ojos de Uly—, yo soy una viuda, no una golfa, ¿se entera? ¡Si me tiara con todos los hombres que me miran con la cara de hambre que ponía Grover no saldría de la cama! ¡Y no es ése mi estilo! Una broma, bueno, pero nada más.

—Pues conmigo no creo que estés bromeando —refunfuñó Uly—. Llegué a Cannes esta tarde, te visité en tu *boutique*, y de allí salimos disparados hacia tu apartamento, nos metimos en esta cama, y llevamos en ella un montón de horas sin hacer más que... Bueno, pues eso, y hablar de cosas nuestras. ¡Si lo que hemos estado haciendo en estas horas, y durante el resto del viaje en el «Viking», es una broma...!

—Oh, bueno —se sofocó Jennifer—, contigo es distinto. Me dije que a mí no me ponía la mano encima ningún otro hombre después de la desdichada experiencia con Arnold, pero cuando te vi, pues... ¡Contigo es distinto!

—Atiza —dijo Uly—. ¿Quieres decir que a mí me *amas*?

—¡Si no fuese así no estaría en la cama contigo! —se encrespó Jennifer—, ¡Qué te has creído, so... so... so bruto, fantasmón!

—Bueno, mujer, cálmate —Uly le dio un besito en un pezón—, ¿De modo que hasta te casarías conmigo, con otro diplomático?

—Oh, sí —se encendió el rostro de Jennifer—, ¡Contigo sí, Uly!

—Eres una reincidente —sonrió Uly Campbell—, Pero, hijita, estás tan... tan... condenadamente apetitosa. Quiero decir que...

En fin, ¡qué le vamos a hacer! ¡Quién había de decirme a mí que me volvería loco por una viuda! Pero eso sí: ¡qué viuda!

FIN



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España